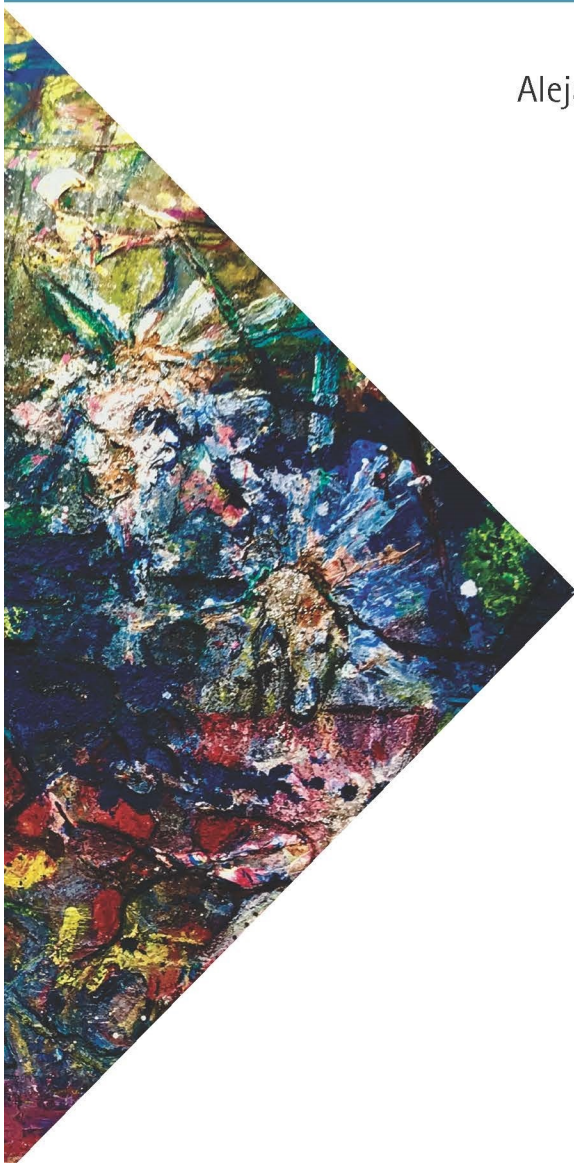


# GUERRA FRÍA, POLÍTICA, PETRÓLEO Y LUCHA ARMADA

Venezuela en un mundo bipolar

Alejandro Cardozo Uzcátegui  
Luis Ricardo Dávila  
Edgardo Mondolfi Gudat  
*—Editores académicos—*





Universidad del  
**Rosario**



GUERRA FRÍA, POLÍTICA,  
PETRÓLEO Y LUCHA ARMADA  
VENEZUELA EN UN MUNDO BIPOLAR

---



GUERRA FRÍA, POLÍTICA,  
PETRÓLEO Y LUCHA ARMADA  
VENEZUELA EN UN MUNDO BIPOLAR

---

ALEJANDRO CARDOZO UZCÁTEGUI  
LUIS RICARDO DÁVILA  
EDGARDO MONDOLFI GUDAT  
*—Editores académicos—*

---

**Espacio para catalogación.  
En proceso**

---

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

## Universidad del Rosario

- © Editorial Universidad del Rosario
- © Universidad del Rosario
- © Varios autores

Editorial Universidad del Rosario  
Carrera 7 No. 12B-41, of. 501  
Tel: 297 02 00, ext. 3112  
[editorial.urosario.edu.co](http://editorial.urosario.edu.co)

Primera edición: Bogotá D. C., xxxx de 2019

ISBN:  (impreso)  
ISBN: (ePub)  
ISBN: (pdf)  
DOI:

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario  
Corrección de estilo: Alejandra Muñoz  
Diseño de cubierta:  
Imagen de cubierta:  
Diagramación: Martha Echeverry  
Impresión:

Impreso y hecho en Colombia  
*Printed and made in Colombia*

Los conceptos y opiniones de esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen a la Universidad ni sus políticas institucionales.

El contenido de este libro fue sometido al proceso de evaluación de pares, para garantizar los altos estándares académicos. Para conocer las políticas completas, visitar: [editorial.urosario.edu.co](http://editorial.urosario.edu.co)

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

# Contenido

La Guerra Fría en el marco de una epistemología de la historia contemporánea venezolana .....	1
--	---

*Alejandro Cardozo Uzcátegui*

<i>Pax americana</i> . Guerra Fría y la Izquierda Cultural Venezolana (1959-1964) .....	31
--	----

*Luis Ricardo Dávila*

I. Pax americana, paraíso del liberalismo .....	31
II. América Latina en un mundo polarizado .....	44
III. Venezuela, la otra Guerra Fría: “¡Cuba sí, yanquis no!” .....	62

Miradas desde la Guerra Fría. Estados Unidos en los trazos de Carlos Rangel y Eduardo Galeano .....	115
--	-----

*Jessica Guillén*

Introducción .....	115
El plano político e ideológico de la cuestión .....	116
Dos miradas: dos vidas .....	120
La otra América: Estados Unidos .....	129
Consideraciones finales .....	151

**Guerrilla y golpes publicitarios .....155**

*Edgardo Mondolfi Gudat*

Las etapas de la violencia.....	156
Las acciones publicitarias.....	172
Smolen a cambio de Van Troi.....	187
Chenault y el imperio sin pantalones.....	194
Rehenes al óleo.....	204
A modo de cierre.....	212

**Cultura política y Guerra Fría en Venezuela.**

**La impronta de la Guerra Fría**

**en los partidos políticos venezolanos .....219**

*Alejandro Cardozo Uzcátegui*

Preámbulo.....	219
La Guerra Fría y el cisma de la izquierda criolla.....	228
El <i>partido del pueblo</i> y su fractura en el contexto de la Guerra Fría.....	248
La Guerra Fría y la implosión de la entente puntofijista.....	258

**Renta petrolera o la maldición de los recursos:**

**petróleo, rentismo y Guerra Fría.....277**

*Catalina Banko*

Introducción.....	277
La renta petrolera en expansión.....	279
Fluctuaciones del mercado petrolero internacional.....	283
Estrategias encaminadas al “nacionalismo petrolero”...286	
La industria petrolera controlada por el Estado.....	290
Contracción de los ingresos y endeudamiento.....	296

Primeras gestiones para la “apertura petrolera” .....	300
Participación privada en el negocio petrolero .....	303
Conclusiones .....	308

**Disputándose a Venezuela. La Alianza  
para el Progreso y la guerrilla en tiempos  
de Rómulo Betancourt .....**313

*Gustavo E. Salcedo Ávila*  
*Universidad Simón Bolívar*

Introducción. ¿Por qué Venezuela?.....	314
Los inicios: el predominio de la desconfianza .....	321
La Alianza para el Progreso: el eclipse de un éxito .....	325
Detrás de la cortina de hierro: el comunismo internacional y la lucha armada .....	345
La lucha armada, un conflicto de baja intensidad.....	358
Conclusión .....	368

**Guayana Esequiba: una reclamación atrapada  
en el laberinto de la Guerra Fría (1962-1969).....**371

*Guillermo Guzmán Mirabal*  
*Universidad Católica Andrés Bello*

Introducción .....	371
Venezuela plantea la reclamación territorial .....	373
La reclamación para Jagan .....	376
Venezuela tiene planes propios .....	378
Washington versus Caracas .....	381
Los nuevos planes de Venezuela .....	384
El vecindario se preocupa.....	386
Canadá .....	388
Venezuela insiste en presionar.....	390

La rebelión en el territorio esequibo.....	393
Epilogo con sabor amargo .....	403
Conclusiones .....	404

**Venezuela: equipamiento militar**

<b>en la Guerra Fría (1947-1991).....</b>	<b>407</b>
---	------------

*Carlos E. Hernández González*

*Universidad Central de Venezuela*

Introducción .....	407
La década militar (1948-1958).....	411
Democracia e insurrección armada (1959-1968) .....	420
Tensiones con los vecinos y petróleo (1969-1979) .....	424
La amenaza cubana y la corbeta Caldas (1979-1991) .....	427
Adquisiciones militares (1947-1991) .....	433
Consideraciones finales .....	452

**Pax americana**  
**Guerra Fría y la Izquierda Cultural**  
**Venezolana**  
**(1959-1964)**

**Luis Ricardo Dávila**

*Columbia University\*/Universidad de Los Andes-Venezuela*

*Para Luis Ra, ambos compartimos  
nuestra propia Guerra Fría.*

**I. Pax americana, paraíso del liberalismo**

*Si quieres una imagen del futuro, piensa en una  
bota aplastando un rostro humano [...] para  
siempre.\*\**

---

\* Dejo testimonio de mi agradecimiento sincero a la profesora Graciela Montaldo y a la Sra. Eunice Rodríguez Ferguson, del Department of Latin American and Iberian Cultures de la Columbia University, por su solidaridad e invaluable apoyo académico.

\*\* Frase escuchada durante una sesión de tortura por Winston Smith, héroe de Orwell en la novela 1984. Véase Orwell, George, 1984, Nueva York: Harcourt Brace, 1949, p. 267.

Si desde la literatura se es capaz de construir este tipo de imágenes, estas visiones que generan temores y valoraciones, es desde la historia donde se determina la lógica que de verdad prevalece. ¿Cómo dudar que desde la segunda mitad del siglo XX, y hasta nuestros días, luego de experimentar dos grandes conflagraciones mundiales, continuaron prevaleciendo sobre los seres humanos la bota militar, los dictadores, los mecanismos de la guerra, el permanente acecho totalitario? Retrospectivamente, la lógica de la Guerra Fría luce simple. Luego de una alianza coyuntural entre la Unión Soviética y el eje Europa-Estados Unidos, el mundo se encontró entre un sistema comunista mundial en expansión y el sistema capitalista liberal ya instalado. De manera que al finalizar la Segunda Guerra Mundial (abril de 1945) ese mismo mundo quedó en estado de guerra latente, caracterizado por la aparición de dos grandes superpotencias, Estados Unidos de América (EE. UU.) y sus aliados y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y sus satélites, liderando dos grandes bloques ideológicos: el capitalista y el comunista. Europa, a su vez, se dividía en dos bandos hostiles, separados por una “cortina de hierro” bajada a lo largo del continente, de Stettin en el Báltico, a Trieste en el Adriático, según la acertada metáfora de Winston Churchill en 1946.<sup>1</sup> La disponibilidad de un arsenal atómico convertía en apocalíptica la perspectiva de nuevos conflictos bélicos. De explorar para comprender la naturaleza compleja, las dinámicas

---

<sup>1</sup> La atractiva frase —hasta cierto punto predecesora de la llamada “Doctrina Truman” (12 de marzo, 1947)— fue pronunciada en un discurso de Churchill del 5 de marzo de 1946 durante una visita a Fulton, Missouri. Véase Cauter, David, *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*, Oxford: Oxford University Press, 2003, p. 623.

y temporalidades del proceso histórico conocido como la Guerra Fría, primero en su construcción discursiva original, para luego pasar a revisar su contexto en Latinoamérica y, finalmente, revisar algunas de sus expresiones en Venezuela, trata este capítulo.

De ese provisional cese al fuego llamado paz, había que dejar testimonio literario, sin dejar de mirar hacia el futuro. El momento histórico así lo exigía. Es que también desde la literatura se puede iluminar la forma en que experimentamos la compleja realidad. Eso fue lo que hizo George Orwell (Eric Blair) en su novela *1984*. El título era una inversión del año en que la concluyó. Pero también era premonitorio de lo que vendría: a solo tres décadas y media de distancia se vaticinaba el triunfo del totalitarismo, o lo que es lo mismo, se proyectaba el fin de la individualidad, de la ley, de la ética, de la historia y hasta de la lengua. Orwell no lo vio, falleció el 21 de enero de 1950, en un hospital de Londres, sabiendo que el triunfo literario de su reciente libro fue inmediato. Su visión se convirtió en convincente tendencia histórica de lo que se avecinaba en aquella realidad surgida de la Segunda Guerra Mundial. En 1945 creer que el comunismo autoritario soviético sería la tendencia del futuro era tan fácil como creer que lo sería el capitalismo democrático euronorteamericano. Si bien no todo el mundo cayó bajo el totalitarismo, buena parte estaba en manos de dictadores. El peligro de una guerra entre las superpotencias fue anticipado por el escritor británico. Pero más importante aún, surgió otro conflicto sin final aparente, conocido como Guerra Fría que opuso Occidente al bloque comunista, marcando el destino de la política internacional durante el medio siglo siguiente.

Vayamos más al fondo del asunto. ¿Qué fue la Guerra Fría? ¿De qué hablamos cuando decimos Guerra Fría? ¿Cuál fue su contenido, significado y trascendencia? ¿Cuáles son sus formas y contextos? Digamos para comenzar que fue una fórmula con cierto matiz paradójico para calificar una situación ambigua y novedosa, particularmente para Europa que recién saliendo de un conflicto se encontraba reocupada por dos gigantescos ejércitos extranjeros. En el imaginario popular se conoce como característico de este periodo histórico un marco especial de rivalidades entre las grandes potencias por su supremacía mundial, de glamurosos espías y contraespías, escenas de micrófonos ocultos e idealizados retratos cinematográficos de seductores agentes y doble agentes de espionaje en los bares de los grandes hoteles europeos fueron parte del escenario, ansiedad ante la posibilidad de una confrontación nuclear, debates ideológicos **del liberalismo y la democracia contra el estatismo autoritario de corte soviético-estalinista**, sin faltar las historias de operaciones de control mental en ambos bandos (“*spy-chiatrist*” y “*brainwashing*”).<sup>2</sup> Muchos trabajos se han dedicado a la búsqueda de las fuentes históricas, políticas, ideológicas, literarias, geopolíticas de la Guerra Fría. La bibliografía es inmensa. Hasta ahora la exploración de las dinámicas subyacentes al conflicto no ha perdido interés. Por el contrario, aumenta de más en más luego de las desclasificaciones de documentos de los archivos de la URSS y de las diversas

---

<sup>2</sup> Kackman, Michael, *Citizen Spy. Television, Espionage, and Cold War Culture*, Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press, 2005.

agencias secretas de Europa o de Estados Unidos ofreciendo cierta información que durante décadas se mantuvo secreta.<sup>3</sup>

Pero, no podemos caer en la ligereza —más aún en un libro como este— de aceptar un nombre sin reflexionar sobre su naturaleza y significación. Es que al lenguaje no se le puede tratar sin consideración, como venga. Las palabras no las podemos aceptar como nos la hagan creer, sino según lo que realmente significan. Exploremos el asunto. La expresión *Guerra Fría* es portadora de múltiples significaciones más o menos contradictorias. Podría pensarse, primero que todo, que es una cuestión de usos del lenguaje. Pero también evoca una lectura de las imágenes asociadas al nombre como mensajes codificados, como lo enseña el modelo semiológico. Un conflicto por otros medios, diferentes a la clásica conflagración armada. La cual había marcado la política mundial las tres décadas anteriores desde 1914. La expresión podía también afirmar el primado de lo simbólico en la constitución del sujeto. Al afirmar esta primacía se le daba

---

<sup>3</sup> Grosser, Pierre, *Les Temps de la guerre froide. Reflections sur l'histoire de la guerre froide et sur les causes de sa fin*, Bruselas: Editions Complexe, 1995; Gaddis, John Lewis, *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations*, Nueva York: Oxford University Press, 1992; Gaddis, John Lewis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Nueva York: Oxford, 1997; Toropov, Brandon, *Encyclopedia of Cold War Politics*, Nueva York: Facts on File Library, 2000; McMahon, Robert J., *The Cold War. A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2003; Gaddis, John Lewis, *The Cold War: A New History*, New York: The Penguin Press, 2005; Hammond, Andrew (ed.), *Cold War Literature. Writing the Global Conflict*, Nueva York y Londres: Routledge, 2006; Fontaine, André, *La Guerre froide 1917-1991*, Paris: Seuil, 2006; Westad, Odd Arne, *La Guerre froide globale*, Paris: Payot, 2007; Leffler, Melvyn P. y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, 3 vols., Cambridge: Cambridge University Press, 2010; Price, David H., *Cold War Anthropology. The CIA, the Pentagon and the Growth of Dual Use Anthropology*, Durham y Londres: Duke University Press, 2016.

consistencia sensible a la imagen. Lo simbólico de la frase Guerra Fría reforzaría su sentido, es decir, fortalecería las fuerzas que definían y manipulaban el lenguaje. Esta consideración nos inclina, todavía un poco más, nos invita a leer la frase en la perspectiva simbólica que funda su sentido y sus prácticas, y a descifrar la palabra en el sentido literario (que no es para nada la palabra corriente) no como el diccionario la explicita sino como el emisor la construye y el receptor la entiende, o cree entenderla.

Resta saber lo que este discurso quiere decir. Ello depende, evidentemente, de lo que se entienda por el objeto nombrado. “¿Qué hay en un nombre?”, se preguntaba William Shakespeare —a quien siempre hay que recurrir cuando de indagar las pasiones humanas se trate— en su prodigiosa tragedia *Romeo y Julieta* de 1597 (acto II, escena II, versos 47-48), para que tres siglos y medio más tarde, en 1922, Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus logico-philosophicus* pudiera preguntarse, con igual perplejidad: “¿Cómo es posible representar un mundo no-lingüístico en términos lingüísticos?”. Nada es más engañoso, cambiante y ambiguo que los nombres, siempre es oscuro lo que pretendemos expresar con un nombre y su relación con la cosa nombrada no es menos vaga. A pesar de las relaciones necesarias entre las palabras y las cosas en cualquier lengua, nombrar es crear, pero la gran hazaña de la creación verbal del hombre no permite que lleguemos a saber todo lo que nombra un nombre, ni hasta dónde representa la cosa nombrada, si no se introduce la dimensión simbólica del lenguaje. Buen ejemplo de ello lo constituye entonces esta suerte de frase-imagen: Guerra Fría. Instalada en la conciencia de la historia contemporánea durante 43 largos años (1947-1991), aún perdura. Pasamos el cuarto de siglo de su final y está lejos de cerrarse el

debate sobre su naturaleza, contenido y trascendencia, sobre la insegura definición y aquello que algunos analistas han considerado como un fenómeno históricamente muy significativo tanto por lo que pasó como por lo que no pasó.<sup>4</sup>

El asunto, su contenido, ha sido tratado incesantemente desde novedosas perspectivas sociales, lingüísticas y simbólicas, examinando nuevas evidencias en la medida en que aparecen nuevas fuentes de información, incluyéndose aspectos de la cultura popular. Se ha explorado, de igual manera, el papel de nuevos actores que abarcan artistas, escritores, músicos, periodistas, cineastas y muchos otros. No ha faltado el empleo de nuevas metodologías provenientes de la sociología, antropología, la crítica literaria, los estudios culturales y, finalmente, han surgido nuevas cuestiones relacionadas con el nacionalismo, la identidad nacional, las transferencias culturales y propagandísticas, el papel de la raza, de las clases, del género en la construcción de relaciones entre naciones, bloques de poder e ideologías, todo en el contexto histórico de la Guerra Fría.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> En términos generales, la Guerra Fría concluyó con la caída del Muro de Berlín (1989), la independencia de Europa del Este (1989) y la desaparición de la Unión Soviética (1991), lo que no implica que la confrontación capitalismo-socialismo o democracia-totalitarismo en el caso de Cuba, primero, y en el de Venezuela, luego, continúe incluso en lo que va del siglo XXI.

<sup>5</sup> Una muestra de trabajos relacionados con estos variados asuntos incluyen títulos como: Mudrovic, María Eugenia, *Mundo nuevo: cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997; Stonor Saunders, Frances, *Who Paid the Piper?: The CIA and the Cultural Cold War*, Londres: Granta Books, 1999; Appy, Christian G. (ed.), *Cold War Constructions: The Political Culture of United States Imperialism 1945-1966*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2000; Fusek, John, *To Lead the Free World: American Nationalism and the Cultural Roots of the Cold War*, Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 2000; Griffith, Robert, "The Cultural Turn in Cold War Studies", *Reviews*

Esta particular forma de guerra que exige estar listo para el combate sin combatir o para combatir por otros medios, fue etiquetada como Guerra Fría en abril de 1947 por Bernard Baruch (1870-1965), asesor de confianza y confidente de los presidentes Franklin D. Roosevelt (1882-1945) y de Harry S. Truman (1884-1972), respectivamente. Los términos fueron los siguientes: “It was a situation that soon came to be known as the ‘cold war’, a phrase I introduced in a speech before the South Carolina legislature in April 1947 [...] I was indebted to Herbert Swope for this graphic expression, which caught the public imagination and became a part of the language”.<sup>6</sup>

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, vino la lucha por ocupar el vacío de poder existente. Los soviéticos hicieron rápidamente sus primeros movimientos, pero los

---

*in American History*, vol. 29, núm. 1, marzo, 2001, pp. 150-157; Cauter, David, *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*, óp. cit.; Bois Du, Pierre, “Guerre froide, propagande et culture, 1945-1953”, *Relations Internationales*, núm. 115, 2003, pp. 437-454; Bois Du, Pierre, “Cold War, Culture, and Propaganda, 1953-1975”, en Loth, Wilfrid y Georges-Henri Soutou (eds.), *The Making of Détente. Eastern and Western Europe in the Cold War, 1965-1975*, Londres-New York: Routledge, 2008, pp. 9-24; Cauter, David, *Isaac & Isaiab. The Covert Punishment of a Cold War Heretic*, New Haven-Londres: Yale University Press, 2013; Dumancic, Marco, “Spectrums of Oppression: Gender and Sexuality during the Cold War”, *Journal of Cold War Studies*, vol. 16, núm. 3, verano 2014, pp. 190-204; Muehlenbeck, Philip E. (ed.), *Gender, Sexuality and the Cold War: A Global Perspective*, Tennessee: Vanderbilt University Press, 2017.

<sup>6</sup> “Fue una situación que rápido vino a ser conocida como la ‘guerra fría’, una frase que introduje en un discurso ante la legislatura de Carolina del Sur en abril de 1947 [...] quedé agradecido con Herbert Swope por esta expresión gráfica la cual captó la imaginación pública convirtiéndose en parte del lenguaje”, en Baruch, Bernard M., *The Public Years*, vol. 2, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1960, p. 388; Hanes, Sharon M. y Richard G. Hanes, *Cold War: Almanac*, vol. I, Michigan Thompson-Gale, 2004, pp. 1-2.

estadounidenses reaccionaron de inmediato. El 11 de marzo de 1947 el presidente Harry Truman enunció la doctrina que proclamaba la confrontación total contra el comunismo. Así, continúa Baruch: “it became clear that they were waging war against us. It was a new kind of war, to be sure, in which the guns were silent; but our survival was at stake nonetheless”<sup>7</sup>. Definidos sus términos, fue esta una guerra con armas silenciosas diferente —tanto por su duración, más de cuarenta años, como por sus métodos: contención, distensión, inteligencia y propaganda— a cualquier otra donde Estados Unidos hubiera participado. Luego la atractiva frase-imagen fue popularizada por el influyente escritor y periodista Walter Lippmann (1889-1974) quien publicó una serie de artículos bajo el título *The Cold War*, donde criticaba la política de confrontación (“*containment*”) y no de acomodamiento hacia la Unión Soviética, anunciada por Truman en su discurso al Congreso.<sup>8</sup>

Acaso la dimensión simbólica —su aspecto más relevante— de este nuevo tipo de guerra fuese mejor expresado y popularizado por esa inmensa masa propagandística que es Hollywood. En la película *Strategic Air Command*,<sup>9</sup> (Anthony Mann, 1955) Dutch (Jimmy Stewart), lanzador estrella de los

---

<sup>7</sup> “Quedaba claro que (los soviéticos) estaban librando una guerra contra nosotros. Se trataba de un nuevo tipo de guerra, seguro, en la cual las armas eran silenciosas; pero no obstante nuestra supervivencia estaba en juego”, Baruch, *ídem*.

<sup>8</sup> “[...] la concepción y el plan estratégicos [...] carece totalmente de sentido y no puede ser aplicado, y cualquier intento de ponerlo en práctica nos hará malgastar nuestra sustancia y nuestro prestigio”, *New Herald Tribune*, 1947. La serie entera fue reproducida por Harper & Brothers, Nueva York, 1947, con el título *The Cold War: A Study in us Foreign Policy*. Véase también *Política exterior*, vol. I, núm. 3, verano 1987, pp. 153-154.

<sup>9</sup> Shaw, Tony, *Hollywood's Cold War*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2007, p. 152.

Cardenales de San Luis, le dice a su esposa Sally (Doris Day), que ha decidido renunciar a su lucrativa carrera de béisbol y permanecer en la Fuerza Aérea. Sally, sin entender, protesta esta decisión sobre la base de que no hay guerra en marcha. Dutch la corrige en estos términos: “But there is a kind of war. We have got to stay ready to fight without fighting. That’s even tougher. That’s why I made this decision”.<sup>10</sup>

Sally replica: “You made it. We didn’t” (lo hiciste. No lo hicimos). Es esta una ilustradora metáfora para representar simbólicamente aquel nuevo tipo de guerra en que Estados Unidos estaba comprometido. Se colocaban en la gran pantalla sus elementos constitutivos: una guerra que no significaba batallas reales a sangre y fuego, pero conflicto al fin que demandaba vigilancia constante, inteligencia, manipulación de los sentidos y de la información y una disposición para luchar en cualquier momento. En el campo literario ya comenzamos aludiendo a la magnífica novela de George Orwell. Volvamos a ella. Cuando en la ficción el dictador Big Brother proclama su eslogan de propaganda: “La guerra es la paz” o “La ignorancia es una fuerza”, el escritor resultó ser un profeta mejor que ningún otro. Porque ahora, a la distancia, podemos ver que la rivalidad más peligrosa y amarga entre las grandes potencias en la historia moderna tuvo su representación literaria plagada de juegos de lenguaje, de profecías y de tendencias que aún hoy día, en pleno siglo XXI, no cesan. Por el contrario, muestran las más desgarradoras permanencias. La paz genuina, en el sentido

---

<sup>10</sup> “Pero es un tipo de guerra. Nosotros tenemos que estar listos para luchar sin combatir. Esto es mucho más fuerte. Es por esto que he tomado la decisión”, Kuznick, Peter S. y J. Gilbert (eds.), *Rethinking Cold War Culture*, Washington: Smithsonian Institution Press, 2001, p. 1.

de una falta relativamente previsible de guerra o de amenaza de guerra, resultaba imposible en aquel contexto. El riesgo de aniquilación nuclear complica la distinción entre la guerra y la paz. El combate ideológico coloca en primer plano el problema de la manipulación de la ignorancia y del conocimiento. En este punto, acaso aclare el diagnóstico —tan premonitorio como el eslogan de Orwell— con el que desde la ciencia política trata Raymond Aron de sintetizar el problema: *Paix impossible, guerre improbable*.<sup>11</sup> De manera que el significado de un nombre o de una palabra tal como Guerra Fría, depende de su uso en el lenguaje, de los sentidos que con él se construyen. Los géneros populares como la ficción de espionaje y la ciencia ficción se nutrían de estos juegos de sentido, de estas expresiones situadas en el umbral de lo literario y de lo analítico, colocándose en una posición particularmente interesante al significar y simbolizar para el gran público el clima y su contenido específico durante las décadas de 1950 y de 1960.<sup>12</sup>

El nuevo tipo de conflicto, en suma, y su frase-imagen, fue muchas cosas para muchas personas. Fue una división del mundo en dos campos hostiles. Fue una polarización de Europa en general, y de Alemania en particular, en esferas de influencia antagónicas. Fue una competencia ideológica, algunos decían entre capitalismo y comunismo, otros decían entre democracia y autoritarismo, o entre dependencia y liberación nacional. Fue una estrategia geopolítica que incluía

---

<sup>11</sup> La fórmula sirve de título al primer capítulo de la obra: Aron, Raymond, *Le grand schisme*, París: Gallimard, 1948, pp. 13-31.

<sup>12</sup> Booker, Keith M., *Monsters, Mushroom Clouds and the Cold War. American Science Fiction and the Roots of Postmodernism, 1946-1964*, Londres: Greenwood Press, 2001.

influencia y dominación sobre el llamado “Tercer Mundo”.<sup>13</sup> Fue un juego de ingenio detrás de escena desarrollado por enormes organizaciones de inteligencia. Fue una lucha, pero también un proceso que creó formas nuevas en los dispositivos culturales, las ciencias sociales y naturales, y en la escritura de la historia. En este sentido, no podemos hablar en singular de una sola Guerra Fría. En rigor, habría que hacerlo en plural. Hubo diferentes guerras frías, de diferentes intensidades, en diferentes lugares. No hay un solo conflicto, sino una serie de enfrentamientos relacionados con la lucha ideológica y militar entre los Estados Unidos, Europa y las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se trataba de aprovechar la terrible evidencia del totalitarismo estalinista —esa “abortada revolución del espíritu [...] falso amanecer de la historia”, como la calificara en su momento el influyente escritor húngaro Arthur Koestler (1905-1983), ya de vuelta de su comunismo romántico,<sup>14</sup> para quebrantar la fe en el marxismo. El objetivo supremo de uno de los bandos era claro: vacunar el mundo contra el contagio del comunismo ya considerado como un falso ídolo, lo que significaba el espanto sutil de la fascinación intelectual sobre todo en Europa y en ciertos

---

<sup>13</sup> Esta fue una palabra clave, digamos, en las primeras dos décadas de la Guerra Fría, junto a otras que le fueron correlativas, tales como “Descolonización”, “Conferencia de Bandung”, reunión celebrada en Indonesia en abril de 1955, para favorecer la cooperación económica y cultural afro-asiática en oposición al colonialismo y neocolonialismo de las antiguas metrópolis y de los Estados Unidos, o movimiento de “Países no alineados”, fundado siguiendo el espíritu de esta Conferencia.

<sup>14</sup> Crossman, Richard (ed.), *The God that Failed: Six Studies in Communism*, Nueva York: Harper and Row Publishers, 1949, p. 74.

países periféricos por el marxismo.<sup>15</sup> Que el mundo precisaba de una *pax americana*, de una nueva época capitalista, liberal e ilustrada, a la que se bautizaría como el “siglo americano”, fue el arma discursiva secreta con la que Estados Unidos lucharía durante la Guerra Fría.<sup>16</sup> Y en este punto sorprende la estabilidad que reinó, al menos en las relaciones entre las superpotencias, durante estas largas cuatro décadas. El antagonismo ideológico y geopolítico no llegó a un conflicto armado, a pesar de la guerra de Corea (1950-1953), las sublevaciones en Polonia y Hungría (1956) o la guerra de Vietnam (1955-1975). Desde esta perspectiva, la Guerra Fría significó más bien una “larga paz”, una coexistencia pacífica desplegada luego de dos sangrientas conflagraciones mundiales que estremecieron las bases de la civilización. La violencia se gestaba sin duda alguna, por otros medios.

Pero también significó otras cosas no menos importantes: fue una guerra de información y de propaganda sin piedad, en ambos bandos. Todos los golpes estaban permitidos. En los escenarios de enfrentamiento mundial entre ideologías, las operaciones de desinformación pasaron, desde entonces, a formar parte de la estrategia. Poco se filtró —por ejemplo— acerca del dispositivo internacional de propaganda de la Unión Soviética y de sus satélites.<sup>17</sup> Mientras que el Gobierno de Estados Unidos a través de sus agencias de inteligencia, al servicio del orden civil y militar, principalmente la Central Intelligence

---

<sup>15</sup> Gaddis, J. L., “The Cold War, the Long Peace, and the Future”, en M. Hogan (ed.), *The End of the Cold War. Its meaning and Implications*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992,

<sup>16</sup> Stonor Saunders, Frances, *Who Paid the Piper?*, óp. cit., p. 14.

<sup>17</sup> Mattelart, Armando, *Geopolítica de la cultura* (traducido del francés por Gilles Multigner), Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2002, pp. 13-15.

Agency (CIA), invertía cuantiosos recursos en programas secretos de propaganda cultural en Europa Occidental y en América Latina, como por ejemplo aquel anticomunista Congreso por la Libertad de la Cultura organizado exitosamente durante casi dos décadas (1950-1967).<sup>18</sup> Los grandes periódicos y las agencias de prensa al servicio de esta guerra de información se tradujeron en informaciones fabricadas y divulgadas por los servicios secretos, cuyos resultados fueron auténticas operaciones “desinformativas”, donde las agencias de inteligencia tanto soviéticas como estadounidenses fueron grandes maestros.

## II. América Latina en un mundo polarizado

*América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego.*<sup>19</sup>

Le sobraba razón a García Márquez al referirse a este largo desasosiego histórico que había padecido América Latina. Si pensamos que al menos desde la Revolución mexicana (1910) en adelante, cada nación latinoamericana contribuyó a forjar ese terco ciclo continental de insurgencia política cuya más intensa trayectoria ocurrió en el contexto de la Guerra Fría. Cada país contribuyó de manera diferente a esta historia. Procesos revolucionarios tomaron forma en Guatemala en 1944, Bolivia en 1952, Cuba en 1959, Chile en 1970, Nicaragua en 1979; movimientos de guerrilla ocurrieron en Argentina,

---

<sup>18</sup> Stonor Saunders, Frances, *ibídem*.

<sup>19</sup> García Márquez, Gabriel, *La soledad de América Latina*, discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, 8 de diciembre de 1982.

Uruguay y Venezuela entre 1960 y 1980; guerras civiles estallaron a partir de la década de 1940 en Colombia, Perú, El Salvador y Guatemala. Un cierto grado de mimesis alimentó toda esta historia, en la medida en que las diferentes insurgencias fueron motivadas por las propias experiencias nacionales, pero a la luz de los contextos y obstáculos que identifican nuestras tradiciones culturales con un pasado que nos impide ser modernos, que nos atrasa. Patrones de pensamiento y conducta han sido generalmente asociados a la cultura de la Guerra Fría, fundamentalmente en lo que se refiere a la influencia del bloque comunista soviético en las revoluciones de liberación nacional y anticolonial de ese manido Tercer Mundo. Pero eran momentos de una gran complejidad en que se gestaba un movimiento internacional muy importante. La India alcanzaba su independencia, Nasser nacionalizaba el Canal de Suez, la descolonización africana daba un paso al frente, la guerra de Vietnam (primero contra los franceses, luego contra los estadounidenses) alteraba el orden de aquella región, la Revolución cubana se convertía en problema y en esperanza continental, Francia cedía ante la resistencia argelina, la rebelión antirracista en Estados Unidos revelaba profundas contradicciones en las estructuras de esa nación, los brotes de rebeldía estudiantil presagiaban ya los movimientos de 1968. Son todos procesos que forman parte de un cambio planetario en la política, en la economía y en la sociedad en 1950 y 1960, que afectarían la relación de los intelectuales con su entorno.<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> Para el caso latinoamericano, consúltese Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Ya al final de la Segunda Guerra Mundial las naciones latinoamericanas formaban parte de la esfera de influencia de Estados Unidos y, por ello mismo, no escaparon al conflicto entre este país y la Unión Soviética. Los postulados del discurso anticomunista, es decir, democracia, instituciones libres, gobiernos representativos con garantías a la libertad individual, libertad de expresión, libertad religiosa y gobiernos civiles electos democráticamente, fueron muchos de los temas presentes en el escenario. A esto se le agregaría la influencia en los países de la región del modelo de crecimiento económico estadounidense y la discusión sobre las causas del subdesarrollo que mostraban sus economías. Sin embargo, en este punto es conveniente anotar que tampoco desde los vecinos del sur se dio por completo el apoyo que Estados Unidos esperaba a su política exterior basada en el anticomunismo y la promoción del capitalismo liberal. El triunfo de la revolución en Cuba (1959) y su posterior alianza con el comunismo soviético alertaba que la hegemonía estadounidense podía ser socavada y que el comunismo contara, aun cuando fuera solo nominalmente, con el régimen de Fidel Castro como agente de la Unión Soviética en la región.

El enfrentamiento desde el bando dirigido por Estados Unidos, que fue finalmente el de los vencedores, se definía como un combate por las libertades individuales y por los gobiernos democráticos contra el totalitarismo soviético. Mientras, el bando de los perdedores lo presentaba, en contrapartida, como la lucha por un proyecto de sociedad socialista igualitaria contra la opresión del imperialismo capitalista. América Latina no escapó a la lógica de la confrontación bipolar. Uno de los debates que más exacerbó los ánimos entre los

intelectuales de aquel momento estuvo ligado precisamente al tema del compromiso político. El influjo producido por la Revolución cubana tuvo las proporciones de un aluvión espiritual puesto que produjo “[...] un vuelco violento del intelectual hacia el único país que ofrecía y ofrece una posibilidad real de afirmación cultural, el único país que es un desafío frente a las formas más refinadas del neocolonialismo cultural” (véase nota 26: 23). Los jóvenes de aquel momento y de las décadas siguientes llevaron al paroxismo su entusiasmo revolucionario y su disposición para cambiar radicalmente la sociedad: “El más profundo legado de la Revolución cubana fue quizás la idea de la lucha armada de liberación nacional [...] pensada como una etapa específica de la historia moderna de América Latina, comienza con el triunfo de la revolución en 1959”.<sup>21</sup>

También es cierto que la reacción de las fuerzas conservadoras del continente resultó cruenta y sanguinaria. Cómo obviar la ferocidad con que los procesos de cambio fueron combatidos y con qué admirable convicción ciertos sectores intelectuales salieron adelante a pesar de las campañas internacionales de desprestigio de cierta prensa. Cuando miramos hacia atrás, podemos confirmarlo. Por cierto, el capítulo que le correspondió vivir a Latinoamérica en el panorama de la Guerra Fría no fue muy gélido, sino candente y feroz. No se corresponde con el sentido de la frase-imagen que analizábamos más arriba, de allí su carácter paradójico, ambiguo. El idealizado retrato cinematográfico de glamurosos espías y contraespías se transformó aquí —a lo largo y ancho de la región— en una

---

<sup>21</sup> Beverly, John, “Balance de la lucha armada, cincuenta años después”, *Casa de Las Américas*, XLVIII, núm. 254, enero-marzo, 2009, p. 15.

lucha armada, con miles de torturados, exiliados, desaparecidos y fusilados. El fanatismo de las fuerzas contrapuestas propugnaba un colofón irreversible: la desaparición física del adversario. Era la época de la llamada “militancia armada”.

En lo que toca a la otra lucha, la lucha de las ideas, *la lucha desarmada*, cuyo efecto inmediato fue la polémica sobre la función del intelectual de izquierda, también tuvo presencia en el panorama cultural y literario. Estas décadas coincidieron con una extraordinaria eclosión de obras maestras que fueron escritas por autores surgidos en América Latina, especialmente, en el ámbito de la narrativa: el muy conocido *boom* literario. Acaso la cultura se colocaba por primera vez en el centro de la vida social. Escritores y artistas ocupaban un lugar prominente mediante la difusión de sus obras y a través de la ejecución de políticas culturales vertebradas por instituciones de reciente fundación. Allí estaban la naciente industria cinematográfica, revistas y editoriales, museos y galerías, todos destinados a la proyección nacional e internacional de la cultura. La crítica del *boom* ha mostrado que —además de la evidente calidad artística y vocación renovadora de estas obras— hubo al menos dos fenómenos extraliterarios que favorecieron su circulación y la acogida que el público les dispensó. Por una parte, el respaldo que algunos de estos autores recibieron de la industria editorial argentina y catalana, con todo y su *marketing* globalizado;<sup>22</sup> por otro, el agitado ambiente de discusión y consumo cultural

---

<sup>22</sup> Herrero-Olaizola, Alejandro, “Consuming Aesthetics: Seix Barral and José Donoso in the Field of Latin American Literary Production”, *MLN*, vol. 115, núm. 2, marzo 2000, pp. 323-339; Jannello, Karina, “El *boom* latinoamericano y la Guerra Fría cultural. Nuevas aportaciones a la gestación de la revista *Mundo Nuevo*”, *Ipotesi, Juiz de Fora*, vol. 17, núm. 2, julio-diciembre 2013, pp. 115-133.

e ideológico que propició el ímpetu revolucionario, sobre todo, entre los más jóvenes.<sup>23</sup> Este es el entorno —por ejemplo— en que se presenta la famosa polémica entre el escritor, ensayista y crítico literario colombiano Óscar Collazos (1942-2015) y dos figuras emblemáticas de este *boom*: Julio Cortázar (1914-1984) y Mario Vargas Llosa (1936).

Dicho debate —que en el fondo era sobre la “escisión del ser político y del ser literario” (Collazos, “Encrucijada del lenguaje”, p. 15)— fue publicado en diferentes revistas y diarios del continente, fue seguido y discutido, estudiado y enriquecido.<sup>24</sup> En un contexto político y cultural de debate, de construcción de nuevas estructuras sociales y mentales, de puesta en práctica de viejas utopías remozadas con nuevas promesas donde el ingenio y la imaginación actúan como detonantes, acaso la más significativa conclusión que ofrecía Collazos se sintetizaba así: “Las palabras cuando el lenguaje está reestructurándose, con el tono de una nueva conducta y de un nuevo tipo de relaciones culturales y sociales, se vuelven rigurosamente significantes”

---

<sup>23</sup> Donoso, José, *Historia personal del “boom”*, Barcelona: Anagrama, 1972; Rama, Ángel, *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires: Folios Ediciones, 1984; Sánchez, Pablo, *La emancipación engañosa. Una crónica transatlántica del boom (1963-1972)*, (prólogo de Joaquín Marco), Alicante: Universidad de Alicante, 2009; Gilman, Claudia, óp. cit., pp. 57-85.

<sup>24</sup> Véanse los textos completos de la polémica en Collazos, Oscar, Cortázar, Julio y Vargas Llosa, Mario, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura (Polémica)*, México: Siglo XXI, 1970. Su contenido arroja detalles de gran valor sobre el papel que desempeñan los escritores —en tanto intelectuales, con un cuerpo de ideas políticas, con un conjunto de valores éticos y reflejos culturales, en tanto ser consciente de una problemática nacional y continental (p. 21)— en la promoción del cambio social. Puede también consultarse Croce, Marcela (comp.), *Polémicas intelectuales en América Latina. Del “meridiano intelectual” al caso Padilla (1927-1971)*, Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2006.

(p. 37). A lo que Cortázar responde señalando que entre los más agudos problemas latinoamericanos del momento, él veía la necesidad “más que nunca, de los Che Guevara del lenguaje, los revolucionarios de la literatura más que los literatos de la revolución” (p. 76). Vargas Llosa expresa, por su parte, que la función política del escritor en el contexto de una sociedad revolucionaria no consiste tanto en complementar la misión y el lenguaje de sus actores, sino, “más bien, en moderarla, y, cuando es necesario, contrarrestarla”, con más fuerza dentro del contexto de una sociedad socialista (p. 90). Lleguemos hasta aquí en el caso de esta polémica sobre literatura en la revolución y el papel de los intelectuales para el caso concreto de América Latina y el contexto de la Guerra Fría. Avancemos más bien en la argumentación que interesa a este trabajo.

La región fue también un campo de batalla, pero de otro tipo, ya que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética llevaron a cabo actividades encubiertas para influir en los corazones y las mentes de los latinoamericanos. Así, el universalismo abstracto y la libertad capitalista fueron valores difundidos por las revistas financiadas por la CIA contra la teleología universal de la revolución, detrás de la cual acechaba el proyecto nacional soviético. Las grandes corporaciones estadounidenses como la Ford Foundation o la Rockefeller Foundation también desempeñaron su papel primordial de filantropía cultural, en una operación general de exportación del *american way of life*. Así lo evidencian algunos documentos de 1959 en adelante, luego del triunfo de la Revolución cubana y del desarrollo paralelo de los fondos gubernamentales y particulares a los *Latin American*

*Studies* de las universidades.<sup>25</sup> Dado este escenario, no hay que perder de vista el hecho de que estos años fueron un periodo de innovación, experimento y creencia en la liberación de la dependencia económica y política. Fue un tiempo donde la agenda política y la cultural iban de la mano.<sup>26</sup> Esto nos lleva a pensar que la Guerra Fría en América Latina no fue solo acerca de los grandes bloques de poder y su influencia, sino acerca de este otro empeño en la liberación económica y cultural, donde la figura sartreana del “escritor comprometido” tuvo una importante función en los diferentes países.<sup>27</sup>

En todo este marco de preocupaciones e influencias culturales, de polémicas sobre el compromiso ético y político del intelectual, el acercamiento entusiasta hacia la única sociedad de América Latina que se había declarado socialista, cuyos personeros lograron convertir un movimiento popular contra una dictadura caribeña en el primer y único Estado comunista, se hacía sentir a nivel de la escritura: “Estoy seguro de que tarde

---

<sup>25</sup> Calandra, Benedetta, “La Ford Foundation y la ‘Guerra Fría Cultural’ en América Latina (1959-1973)”, *Americanía*, núm. 1, enero, 2011, pp. 8-25.

<sup>26</sup> Franco, Jean, “The excluded middle intellectuals and the Cold War in Latin America”, Andrew Hammond (ed.), *Cold War Literature. Writing the Global Conflict*, Londres-Nueva York: Routledge, 2006, pp. 226-241.

<sup>27</sup> “El escritor comprometido sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no se puede revelar sino proyectando el cambio. Él ha abandonado el sueño imposible de hacer una pintura imparcial de la sociedad y de la condición humana”, Sartre, Jean-Paul, *Qu’est-ce qu’est la littérature?*, París: Gallimard, 1948, p. 28. Fueron muchas las glosas y entelequias que provocaron las lecturas de Sartre, contribuyendo a conformar el campo cultural de la Guerra Fría en la región. El espíritu de aquellos años 1960 se nutría de una ética de compromiso con la cultura militante. A este respecto véanse los textos recogidos para el caso cubano, en particular, las discusiones y estudios sobre política cultural, en Pogolotti, Graziella (selección y prólogo), *Polémicas culturales de los 60*, La Habana: Letras Cubanas, 2006.

o temprano, el ritmo de la historia estará marcado por el socialismo, también empiezo a intuir que habrá que inventar una nueva relación entre este y el intelectual”, escribía entusiastamente Mario Benedetti en su famoso artículo sobre el *boom*.<sup>28</sup> ¿Qué duda cabe de que esta intelectualidad perteneciente a la órbita capitalista vivió la Revolución cubana como propia? Y, precisamente, esta fue la mayor conexión que tuvo América Latina y el Caribe con la Guerra Fría, de allí el impacto polarizador que tuvo en la región. “La verdadera cultura es la revolución”, escribió alentando la subversión Jean Paul Sartre en septiembre de 1961, en su prólogo a *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon, lo que lleva al mismo Benedetti a rematar su entusiasmo, no solo por el proceso revolucionario cubano, sino también por la acción, de su cabeza visible, Fidel Castro, quien habría logrado “subvertir el orden zonal impuesto hace décadas por el imperio, y también transformar el estilo y el ritmo del marxismo”. Para enseguida añadir: “Han propuesto (y llevado a cabo) otra forma original de comunicarse con las masas. Y en esa nueva forma, en ese nuevo estilo, hay un proceso intelectual que se desarrolla casi paralelamente a la acción revolucionaria” (p. 38).

Más tarde, en 1971, escribiría Cortázar, en su poema *Policrítica a la hora de los chacales*,<sup>29</sup> en apoyo a la causa de la Revolución cubana, suerte de respuesta autocrítica al llamado “caso Padilla” (polémica sobre el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla por “ser el único escritor capaz de enfrentarme

---

<sup>28</sup> Benedetti, Mario, “El *boom* entre dos libertades”, *Letras del continente mestizo*, Montevideo: Arca, 1967, pp. 46-47.

<sup>29</sup> *Cuadernos de Marcha*, núm. 49, 1971, pp. 33-36.

al proceso revolucionario e imponer mis ideas”<sup>30</sup>), que sacudió a la comunidad intelectual latinoamericana en abril de 1971: “Todos juntos iremos a la zafra futura, al azúcar de un tiempo sin imperios ni esclavos”. Texto este de Cortázar que expresa con toda su fuerza el rol del escritor como actor social, tema que —como hemos mostrado— había sido objeto de pugna en los debates culturales de años anteriores.

Digamos, además, que para entender desde lo político la Guerra Fría en América Latina hay que volver al periodo de la Segunda Guerra Mundial, caracterizado por una estrategia comunista de colaboración de clase. Los partidos comunistas estaban cerca de los partidos y alianzas democráticas. Hubo una abrumadora dilución de diferencias políticas e ideológicas, así como el abandono de cualquier vestigio de nacionalismo que implicara crítica o antagonismo contra Estados Unidos. La característica principal era la colaboración entre todas las fuerzas progresistas del capitalismo en cada país con el fin de aumentar la producción y elevar el nivel de vida de los trabajadores. Durante este periodo, los partidos comunistas cambiaron sus nombres, siguiendo la estrategia de la Internacional Comunista, trataron de formar frentes más amplios y uniones nacionales, donde se encontraron los nombres de aliados políticos extraordinariamente extraños entre las oligarquías locales (el Partido Comunista Peruano y el Frente Democrático Nacional de Manuel Prado, alianza surgida en 1944 con motivo de las elecciones de 1945, la colaboración del Partido

---

<sup>30</sup> Padilla, Heberto, “Carta: autocrítica al Gobierno revolucionario”, La Habana, 5 de abril de 1971, en Croce, Marcela, *Polémicas intelectuales...*, óp. cit, 2006, p. 231.

Comunista de Venezuela con el gobierno de Medina Angarita en 1945 o la abierta simbiosis del Partido Comunista Colombiano con líderes liberales, llegando tal línea colaboracionista y reformista al cambio de nombre por Partido Socialista Democrático).<sup>31</sup>

Pero en 1947, la alianza Estados Unidos-Unión Soviética se desintegró. Estalló la Guerra Fría y casi todos los partidos comunistas de América Latina se vieron seriamente debilitados, divididos o divorciados de sus electorados tradicionales o potenciales. De hecho, los acontecimientos que rodearon el final de la Segunda Guerra Mundial facilitaron los esfuerzos de los regímenes de aquel momento para restringir las actividades políticas abiertamente comunistas. En 1947 y 1948, los partidos de Brasil, Chile, México y varios otros países fueron declarados ilegales. La consecuencia fue que durante la mayor parte de la década de 1950, los diferentes actores reaccionaron a estos eventos con una política que defendía a la Unión Soviética en el contexto de la Guerra Fría, a través del antagonismo de clase y la confrontación radical, manteniendo el mismo andamiaje teórico erigido años antes durante de la década de 1930. El objetivo central a largo plazo de los partidos comunistas siguió siendo una revolución nacional-democrática, una reforma agraria y una alianza con las clases medias y la burguesía nacional. Pero en el contexto de la Guerra Fría, el enemigo principal fue una vez más el imperialismo, reducido

---

<sup>31</sup> Caballero, Manuel, *Latin America and the Comintern, 1919-1943*, Cambridge: Cambridge University Press, 1986, pp. 134 ss.; Spenser, Daniela, *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*, México: Publicaciones de la Casa Chata, 2009; Jeifets, Lazar y Jeifets, Víctor, *América Latina en la Internacional Comunista. 1919-1943. Diccionario biográfico*, Buenos Aires: Clacso, 2017.

a su mínima expresión: *el Gobierno de Estados Unidos*. Por su parte, algunos de los partidos populistas más importantes de América Latina nacieron o resucitaron bajo la influencia de la Guerra Fría y la lucha contra el comunismo y la URSS, o posteriormente como respuesta a la Revolución cubana. Ese fue el caso de Acción Democrática en Venezuela, del Partido de la Revolución Democrática de Juan Bosh en la República Dominicana, y así sucesivamente.

Sin embargo, lo que es más interesante para la política y la sociedad son los efectos de la Guerra Fría sobre la izquierda. Siempre ha existido la percepción generalizada de la derrota (“me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir burlándome de los otros y de mí hasta el día del juicio final”<sup>32</sup>). Este sentido de derrota se deriva de la conexión —percibida o real— de la izquierda con el llamado socialismo realmente existente. Para esta tendencia ideológica, tanto el final de la lucha armada como la caída del socialismo en la Unión Soviética y Europa del Este representa el final de una utopía efectiva. Lo que significa que “la transferencia del paradigma del viejo pensamiento a nuevas situaciones es necesario porque la idea de revolución ha sido sacudida desde arriba a abajo por el colapso del Este”<sup>33</sup>.

En esta materia de utopías y paradigmas hay un punto que no conviene pasar por alto: el debate sobre la crisis de nuestra

---

<sup>32</sup> Así se expresa el poeta Rafael Cadenas en “Derrota”, texto de fecha tan temprana como 1963, convertido por la crítica en testimonio de una época, que remata con estos términos: “he percibido por relámpagos mi falsedad y no he podido derribarme”.

<sup>33</sup> Castañeda, Jorge, *Utopia Unarmed. The Latin Left after the Cold War*, Nueva York: Vintage Books, 1994, entrevista con José Aricó, p. 241.

modernidad. Este debate nos concierne tanto o más que a cualquier otra región, Europa incluida. ¿Hasta qué punto puede la Guerra Fría ser pensada como resultado de la modernidad occidental, esto es, como un proceso de aceleración de la occidentalización (o, *americanización del mundo*, Blanco Fombona *dixit* 1902)? Es cuestión que merece atención. Es que debido a que la construcción de la nación en América Latina era aún incompleta un siglo y medio después del proceso independentista, la causa del cambio social estaba vinculada al proceso de modernización, pero junto a lo económico también se hacía inseparable de lo político y lo social, de la redención de lo nacional por el pueblo, como se puso de manifiesto en los debates mostrados sobre el escritor y su compromiso social. La izquierda en la región —luego de los virajes estratégicos del comunismo internacional— no tiene más remedio que seguir siendo nacionalista y modernizadora. Esta es una posición muy importante en el contexto de la Guerra Fría, pero también en la posterior etapa neoliberal, con todas las implicaciones que esto trae en su relación hacia Estados Unidos. Paradójicamente, la lucha por incorporarse al mundo occidental entre liberalismo y socialismo, entre capitalismo y comunismo, se convirtió en parte de la Guerra Fría. Los parámetros y la definición de la nación en construcción cambiarían al igual que la forma de su nacionalismo. Antes de proponer un nuevo nacionalismo para la izquierda según las fuerzas económicas y políticas de aquel momento, vale la pena retener cómo los atavismos tradicionales de la intervención estadounidense en la región, que sustentaron gran parte de sus posturas nacional-populares y muchos de los conflictos de los últimos cincuenta años, van

siendo reemplazados por otras formas más novedosas.<sup>34</sup> Desde esta perspectiva, es necesario revisar la cronología “geopolíticamente determinada” de los asuntos internacionales de la posguerra que traza la historia de la época en términos de los orígenes, la intensificación y la terminación de la Guerra Fría.<sup>35</sup>

Ha sido lugar discursivo común para la izquierda y en general para la ideología populista, encontrarle una causa externa a todos nuestros atrasos y ambigüedades de desarrollo. De allí lo heterogéneo y desigual de la modernidad latinoamericana.<sup>36</sup> Históricamente siempre se ha insistido en las bondades de tener siempre a mano a un rival en quien descargar nuestras debilidades. Desarrollo y progreso pleno han sido imposibles entre nosotros en razón de un elemento externo con nombre y apellido: *el imperialismo estadounidense*.<sup>37</sup>

Las argumentaciones políticas de la Guerra Fría explotaron al máximo la dicotomía nacional-extranjero; estuvieron animadas fundamentalmente por la influencia de la política exterior estadounidense y sus dimensiones imperiales.

---

<sup>34</sup> Marchesi, Aldo, “Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: Entre el Sur ‘local’ y el Norte ‘global’”, *Estudios Históricos*, vol. 30, núm. 60, enero-abril 2017, pp. 187-202.

<sup>35</sup> Franco, Jean, *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*, Cambridge (Mass): Harvard University Press, 2002.

<sup>36</sup> Me he ocupado del tema en Dávila, Luis Ricardo, *Imaginarios de la modernidad en Hispanoamérica. Ensayo de historia intelectual, siglo XIX*, Madrid: Editorial Académica Española, 2012.

<sup>37</sup> Desde la ciencia política, la historia nos muestra que la construcción social de un enemigo cumple siempre funciones ideológicas importantes como justificar fracasos, aumentar la cohesión interna y la identidad de grupos sociales. El caso latinoamericano no sería la excepción, por el contrario se me hace que fue y siempre ha sido la regla.

Haciendo que los sujetos sociales de esa historia aparezcan simplistamente como meras marionetas manipuladas desde el Olimpo del poder. Debido al antagonismo soviético-estadunidense, la región lidió con las suspicacias hacia el Gobierno de Estados Unidos. Pero, cabe preguntarse si de verdad este periodo fue algo diferente en la historia de las relaciones interamericanas. Es decir, ¿fue la política estadounidense hacia América Latina durante la Guerra Fría solo una continuación de la tendencia de periodos anteriores, o esta representó algo nuevo a —digamos— *la Doctrina Monroe* (1823-1898), la llamada *Diplomacia del Dólar* y el *Gran Garrote* (1898-1934), o a la política de la posguerra en sus diferentes etapas? En el fondo, puede ser que la amenaza soviética ocultara el derecho con que Estados Unidos se sentía para intervenir en los asuntos de las naciones de la región, y el comunismo, o la amenaza roja, facilitaba a ese país defender sus propios intereses, y en nombre de la democracia y la libertad justificar presiones y agresiones, como ocurrió en Guatemala o, más tarde, en la República Dominicana o, hasta cierto punto, en Chile, que en el fondo se trató de la agresión de un país fuerte hacia uno débil.<sup>38</sup>

Precisemos algo adicional. En 1954 el presidente Dwight D. Eisenhower (1890-1969) se refirió a su política latinoamericana como un capítulo de “la Guerra Fría contra nuestros enemigos”, para añadir enseguida: Estados Unidos “no nada más

---

<sup>38</sup> Al respecto, véase el influyente libro de Grandin, Greg, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago: University of Chicago Press, 2004; Brands, Hal, *Latin America's Cold War*, Cambridge (Mass): Harvard University Press, 2010; Schlesinger, Stephen y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit. The Untold Story of the American Coup in Guatemala* (introducción Harrison Salisbury), Nueva York: Doubleday & Co, 1982.

hace ‘negocios’ en América Latina sino que ahí está peleando una Guerra contra el comunismo”.<sup>39</sup> Esto me lleva a plantear que a una mayor posición de debilidad económica en el proceso del desarrollo capitalista mundial, mayor será la capacidad de los países de rebelarse contra el sistema económico donde ocupan una posición marginal desfavorable, para pasar a apoyarse más bien en países comunistas que ven de buena manera esa rebeldía. De allí el cuidado de la política estadounidense de hacer en la región “*business as usual*”, pero sin descuidar la lucha contra la penetración comunista. Descifrar la articulación de las políticas diseñadas en Washington y en Moscú, con los factores culturales y con la “geometría ideológica” en la que se movieron los distintos actores políticos de las naciones latinoamericanas, es condición básica para construir nuevos modelos interpretativos que vuelvan mucho más complejo y exacto el acercamiento a la historia de la Guerra Fría en América Latina. Se trata de reposicionar este proceso “como una forma de conflicto social global entre Estados y fuerzas sociales asociadas con los sistemas rivales del capitalismo y el comunismo”. Y esto pasa por elaborar una historia cultural y social de esta confrontación a manera de complementar los acercamientos clásicos de la historia diplomática y de la historia política.<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> Rabe, Stephen G., *Eisenhower in Latin America: The Foreign Policy of Anti-Communism*, Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press, 1988, p. 71, citado en Loaeza, Soledad, “Estados Unidos y la contención del comunismo en América Latina y en México”, *Foro Internacional*, vol. LIII, núm., 1 (211), enero-marzo, 2013, p. 5.

<sup>40</sup> Un esfuerzo de trabajo colectivo en esta dirección, derrumbando mitos y construyendo métodos apoyados en un extraordinario arsenal documental, se encuentra en Spenser, Daniela (coord.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*, México: Ciesas/SRE/Porrúa, 2004, p. 32.

Pero, por otra parte, estas bondades de tener siempre a mano a un rival en quien descargar las debilidades o faltas de quienes han detentado el poder en América Latina, significaba un problema doble para Estados Unidos: además de combatir el comunismo soviético y sus ramificaciones en la región, como lo afirma Eisenhower, había que enfrentar el “antiyanquismo” de los líderes de izquierda, cuyo paradigma se fortalecía en la política de Fidel Castro y la Revolución cubana. Así lo hace ver con extrema claridad en 1960, quien fuese senador demócrata en 1949-1953, William Benton (1900-1973). Para que los Estados Unidos pudieran conservar su liderazgo hemisférico, había que combatir el sentimiento antiyanqui tan preciado por las izquierdas prosoviéticas y procubanas:<sup>41</sup>

[...] one of the commonest practices in Latin America is to blame the United States for practically anything. This amounts almost to a national occupation in certain of these countries. It poses great political and diplomatic problems for us because we want these countries to remain friends and allies in the cold war. We don't want an explosion in Bolivia like that in Cuba, and we don't want Communist labor unions or governments buying armaments

---

<sup>41</sup> “Is U.S. Now Loosing Out in Latin America? Interview with Former Senator William Benton, Who Surveyed 12 Countries with Adlai Stevenson”, en U.S. News & World Report, abril de 1960 [ahdge, III-2264-2a parte]], citado en López López, Gabriel, “Guerra Fría, propaganda y prensa: Cuba y México ante el fantasma del comunismo internacional, 1960-1962”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 100, enero-abril, 2014, pp. 142-143.

from Soviet Russia. The communist groups are growing greatly in strength in most of these countries—much more than most people back home realize.<sup>42</sup>

Este antinorteamericanismo y esa propensión de sus élites intelectuales, particularmente, los actores más jóvenes, a simpatizar con algún tipo de socialismo, en ciertos casos más deudor del nacionalismo revolucionario mexicano o de la social democracia europea que del marxismo-leninismo de matriz soviética (partido único, control gubernamental de los medios de producción y de comunicación, el ateísmo o la censura), hizo que mantuvieran su apoyo a La Habana. La Guerra Fría latinoamericana —en su conjunto— representó entonces una revolución prolongada, dispersa a través del tiempo y el espacio, pero conllevando una lógica coherente y legible de insurgencia, violencia y transformación simultáneamente en lo nacional y en lo internacional. Se movió la región en un modelo doble que incluía posturas políticas opuestas: la del anticomunismo estadounidense y la del anticapitalismo soviético. Durante el periodo, los diferentes gobiernos de la región se articularon en la disputa bipolar, acorde con sus proyectos nacionales y con los intereses de los diversos sectores sociales y económicos. La oscilación entre la construcción democrática y la reacción de los sectores más radicalizados polarizaron el cambio político,

---

<sup>42</sup> “[...] una de las prácticas más comunes en América Latina es culpar a los Estados Unidos por prácticamente cualquier cosa. [...] Nos plantea grandes problemas políticos y diplomáticos porque queremos que estos países sigan siendo amigos y aliados en la Guerra Fría. No queremos una explosión en Bolivia como la de Cuba, y no queremos sindicatos o gobiernos comunistas comprando armamentos de la Rusia soviética. Los grupos comunistas están creciendo enormemente en fuerza en la mayoría de estos países, mucho más de lo que la mayoría de compatriotas se dan cuenta.”

acelerando en algunos casos la cooperación, la confrontación o el desafío en términos cada vez más extremos a la autoridad de Estados Unidos como potencia mundial en ascenso. En este sentido, antiimperialismo y anticomunismo han sido los dos principios o figuras discursivas estratégicas que han signado la historia latinoamericana, han sido armas del combate político durante la Guerra Fría y aún lo son hoy en día.

### III. Venezuela, la otra Guerra Fría: “¡Cuba sí, yanquis no!”

*La decisión de tomar la vía de la lucha armada para la conquista del poder la adoptan los partidos de orientación marxista-leninista en Venezuela movidos por la influencia indiscutible ejercida, aquí y en todo el continente, por la Revolución cubana.*<sup>43</sup>

La frase es emblemática, una metáfora de la experiencia subversiva, de las condiciones de insurgencia que acabamos de referir. Se convirtió en consigna de lucha, pero al mismo tiempo sintetizaba los actores de la conflagración. Se podía leer en paredes y muros de las más importantes ciudades del país. Expresaba los términos de la nueva lógica de la confrontación sociopolítica: el apoyo a la Revolución cubana y el antiyanquismo a ultranza, con sus respectivos discursos: el nacionalismo y el antiimperialismo de la época. Contiene también la imagen de cómo se representaba el intervencionismo estadounidense, al unísono con la estrategia de los movimientos revolucionarios

---

<sup>43</sup> García Ponce, Antonio, *La guerrilla de los años 60. Sangre, locura y fantasía*, Caracas: Editorial Libros Marcados, 2010, p. 13.

para enfrentarlo, incluyendo la lucha armada. Metáfora que, a su vez, es validada en Venezuela por certeros testimonios como el de Antonio García Ponce. Sintomática su afirmación. No ofrece ninguna duda. Al menos en lo que a uno de los dos principios señalados arriba se refiere. La Guerra Fría se instalaba en América Latina y el Caribe, Venezuela no sería la excepción. Era ineludible tomar partido. La política de Estados Unidos hacia la región, particularmente hacia Cuba, basada en el embargo, su expulsión de la Organización de Estados Americanos (OEA), el aislamiento diplomático y el apoyo a invasiones de la oposición interna y del exilio de Miami era rechazada por las diversas fuerzas de izquierda. Pero aceptadas sin ambages por las fuerzas democráticas y liberales.<sup>44</sup> Lo que para el momento internamente se conoció como el “problema cubano” no fue, en consecuencia, otra cosa que el esfuerzo de Fidel Castro para exportar por métodos violentos la Revolución cubana a otros países latinoamericanos. La de García Ponce —con la que abrimos esta sección— es la convicción *a posteriori* de alguien que participó como militante activo en esa lucha, incluso como dirigente nacional del Partido Comunista de Venezuela, “cuando mi cerebro estaba repleto de las ideas del marxismo-leninismo, de las que me he venido deslizando paso a paso [...]” (p. 7). Romper con ese apasionamiento

---

<sup>44</sup> El gobierno de Betancourt las justificaría, en su mensaje al Congreso Nacional del 9 de abril de 1964, con pruebas concluyentes: “porque no se trata ahora de solo fotografías aéreas de armas termonucleares instaladas en Cuba, sino de la evidencia física de las armas mismas trasladadas por el Gobierno de Cuba a Venezuela”. Y, lo que es más importante, se insiste en que no se apoyaban las sanciones contra el régimen cubano, “porque las pide el poderoso gobierno de los Estados Unidos”, las pide el gobierno venezolano —un gobierno soberano de América Latina— “con un impresionante aval de documentos y pruebas fehacientes”, véase nota 50: 413-414).

y mística que caracteriza al militante comunista, pulverizar las viejas formas de pensamiento o darle nuevos contenidos a viejas expresiones, es una muy significativa postura ideológica.

En Venezuela las movilizaciones en nombre de causas ligadas a la bipolaridad mundial no se hicieron esperar. Los primeros años de la Revolución cubana coincidieron con la recuperación de la democracia liberal y representativa, luego del derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958. Una vez en ejercicio, bajo el gobierno conducido por Rómulo Betancourt, triunfador de las elecciones por sufragio universal de diciembre de aquel año, y más tarde, recién comenzada la década de 1960, se dieron los movimientos guerrilleros de izquierda radical y revolucionaria, con su consecuente violencia, cobrando la vida de ciudadanos —básicamente jóvenes, menores de edad lanzados a propagar disturbios callejeros— y cuyas repercusiones políticas y culturales aún están presentes en el escenario político y social.<sup>45</sup> Sin embargo, en esta sección no nos proponemos explorar todas las áreas de la vida venezolana afectadas por la confrontación URSS-EE. UU. o comunismo-democracia o socialismo-capitalismo. El propósito es más limitado, pues solo busca adentrarse en uno de los efectos indirectos, menos obvios de

---

<sup>45</sup> Así describe Betancourt aquel momento: “Otro tipo de subversión, más insidioso y sin antecedentes en Venezuela y aun en la América Latina, debió afrontar y dominar el gobierno que presidí: el de filiación comunista, pródigamente asistido desde Cuba con dinero, con armas y con entrenamiento para el sabotaje, el atentado personal y las actividades guerrilleras”. Palabras liminares (marzo 1968), “La revolución democrática. Documentos del gobierno presidido por Rómulo Betancourt, 1959-1964”, en Suárez, Naudy (comp. y estudio preliminar), *Rómulo Betancourt, Selección de escritos políticos (1929-1981)*, Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 2006, p. 386.

la lucha izquierda-derecha o “*disidencia-establishment*”,<sup>46</sup> pero no menos importante: la manera como el proceso político interno reflejó, de alguna manera, la gran pugna entre el Este y el Oeste, a la luz del debate desplegado entre los diferentes grupos e intelectuales que conformaron la llamada “izquierda cultural venezolana” entre 1960 y 1964.

De manera que fue Venezuela uno de esos países tocados directa y violentamente por la Guerra Fría a través del apoyo que los sectores más radicales dieron a la Revolución cubana, así como de la penetración de sus prácticas desestabilizadoras en la política interna. La vida política y cultural del país no se sustrajo a los efectos directos e indirectos de ambos fenómenos.<sup>47</sup> El sistema político recién inaugurado, con su conjunto de reglas del juego, expresadas en el Pacto de Punto Fijo (31 de octubre 1958) y en el Programa Mínimo Común (firmado el 6 de diciembre 1958, el día anterior de las elecciones) que los candidatos presidenciales suscriptores del pacto se comprometieron a realizar, y su clase dirigente a la cabeza de los grandes partidos populares y democráticos (Acción Democrática, Copei y Unión Republicana Democrática), supieron y pudieron aprovechar en favor de

---

<sup>46</sup> Cardozo Uzcátegui, Alejandro, *Venezuela y la Guerra Fría*, Caracas: Nuevos Aires, 2014.

<sup>47</sup> En los importantes trabajos que Cardozo Uzcátegui le ha dedicado al proceso de la Guerra Fría en Venezuela, ha sostenido la tesis de una suerte de “notable excepcionalismo venezolano” durante este momento histórico, el cual se sostiene al menos sobre tres aristas que se conectan, se solapan, se confunden pero también se diferencian entre sí: 1. El despliegue de una diplomacia o “política exterior bastante fina, nacionalista y fructífera”; 2. como corolario de esta premisa sobresale el haber puesto en escena “una de las diplomacias más astutas de la región”, lo que le permitió una autonomía decisiva al fijar posiciones en el escenario latinoamericano y caribeño de la Guerra Fría; 3. finalmente, registra este autor el privilegio de “jamás haber sido invadida ni intervenida de forma alguna por Estados Unidos”, *ibidem*.

la consolidación de la democracia representativa, nacionalista, alternativa y civilista, y de los vientos desatados por la tormenta internacional del choque comunismo-anticomunismo, con marcado acento pronorteamericano y anticomunista.<sup>48</sup>

Quedaba por consolidar la puesta en práctica de ese conjunto de reglas del juego democrático, lo que se vería afectado por la dinámica de la Guerra Fría; influyendo sobre la naturaleza y política interior del Estado venezolano, su historia y sus procesos internos de poder e identidad ideológica. Se requería una cultura política fuerte capaz de resistir al comunismo, de lograr la confianza popular en la democracia y de cimentar al mismo tiempo su estructura y la de la libertad en la que —como ya vimos al comienzo— no estaba para nada interesado aquel (la divisa es esclavitud y vigilancia: “libertad es la esclavitud”, “Big Brother is watching you”, orwellianamente hablando). Comunismo significaba la amenaza totalitaria a nivel global, como bien lo mostraban los virajes dados por sus satélites. Al final de cuentas la puesta en escena ocurría como combate entre ideologías, consecuencia de la extensión capitalista del mundo y su contrapartida comunista. Claro la amenaza de esta última fue hábilmente transformada por Estados Unidos en arma para defender sus intereses. Los comunistas no dudaron en mostrar esta actitud como otro de los “males” del

---

<sup>48</sup> “Venezuela es el principal proveedor del Occidente no comunista de la materia prima indispensable para los modernos países industrializados, en tiempos de paz y en tiempos de guerra: el petróleo.” Betancourt, Rómulo, “vi Mensaje presidencial presentado por el ciudadano Rómulo Betancourt, presidente constitucional de la República de Venezuela ante el Congreso Nacional”, 9 de abril, 1964, en *Antología Política*, vol. VI, 1959-1964 (selección, cronología y estudio preliminar Luis Ricardo Dávila; presentación Juan Carlos Rey), Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 2007, pp. 410.

capitalismo. Pero lo importante es que la tendencia democrática consolidadora se mantiene durante el quinquenio 1959-1964. Lo que le permitirá a Rómulo Betancourt afirmar, *con obcecada obstinación*, ya para finalizar su gobierno: “[...] que la única vía trajinable para los sedicentes ‘revolucionarios’ es la del asalto armado al poder y la sustitución de los gobernantes que el pueblo eligió, por una minoría que establezca en Venezuela un régimen colonialmente sometido a los dictados de los síndicos comunistas internacionales, como el que existe en Cuba.”<sup>49</sup>

### Militancia política y cultural: noción y experiencia

*No es extraño que la práctica político-cultural de la izquierda vea sometida su fuerza a la oscilación entre la efervescencia y el desconcierto o la derrota.*<sup>50</sup>

Que las fuerzas democráticas y liberales fueran aliadas naturales de Estados Unidos en el país, en la región y en el mundo, particularmente en el combate del peligro comunista, es algo que hemos dejado claro. Movimientos, digamos, reformistas, como el de los partidos que suscribieron el Pacto de Punto Fijo, fueron baluartes contra estos “sedicentes revolucionarios”. No obstante, no era esta una posición compartida por otros sectores —en particular, los más jóvenes del espectro político nacional— quienes veían en la recién iniciada apertura

---

<sup>49</sup> Ibídem, pp. 410-411.

<sup>50</sup> Chacón, Alfredo, “Dependencia y responsabilidad cultural”, en *La izquierda cultural venezolana, 1958-1968. Ensayo y antología*, Caracas: Editorial Domingo Fuentes, 1970, p. 425.

democrática una estrategia de dominación hegemónica del imperialismo yanqui y de entrega de los intereses nacionales a través de la dependencia económica “neocolonial”. Consideremos en lo que sigue las principales posturas discursivas en el debate de la llamada “izquierda cultural venezolana” durante estos años. Es decir, veamos la expresión del sector intelectual más radical identificado con el movimiento revolucionario, quienes desplegaron sus posturas políticas e ideológicas bajo el signo de la urgencia y el compromiso militante. Donde militancia —en su noción política y cultural— era “experiencia” de entrega “a un empirismo pasional al mismo tiempo generoso ante las exigencias de la lucha, ávido de certidumbres y carente de los recursos teóricos adecuados a la activación de un proyecto de transformación que responda a su vocación revolucionaria” (Chacón, *ibídem*, pp. 418-419). La palabra y las armas fueron los más preciados instrumentos de la experiencia de esta militancia. Mediante el verbo y las expresiones creativas y artísticas —complementadas por la seducción de la violencia— intentaban tejer un consenso sobre la necesidad de dar al traste con la naciente democracia representativa, en un esfuerzo por demostrar que no era el sistema más eficaz para realizar las aspiraciones populares de libertad, justicia y bienestar material. El proceso se intuía largo, tardaría en solidificarse, “pero lo importante —escribe uno de sus intelectuales— es que el poeta aborde lo nuevo con ímpetu y verdadera emoción, no para alarmar a nadie, sino para reivindicar palabras y emplearlas como armas”.<sup>51</sup>

---

<sup>51</sup> Pereira, Gustavo, “El proceso de la transformación en poesía (Apuntes para aprender la conquista de lo nuevo)”, *Trópico Uno*, núm. 2, Caracas, septiembre-octubre, 1964, en *ibídem*, p. 314.

El problema era: ¿cuánto de convincente serían estas palabras, sus valores y vocabularios, y cuánto de articuladoras eran las estrategias seguidas para alcanzar el fin? ¿Por qué la confesa “oscilación entre la efervescencia y el desconcierto o la derrota”? ¿Bajo qué planteamientos y principios fue propuesta una política cultural transformadora, que fuera más allá del mero deseo y de la vocación subversiva? Este sector vive y actúa en el pensamiento y en la praxis, sus protagonistas se obligan a construir esquemas articulando apremios y oportunidades. Siempre bajo la premisa discursiva alegórica, vacía,<sup>52</sup> de que Estados Unidos y, en general, las grandes potencias, consideradas como “imperialismo transnacional”, codiciaban —como ayer, aún hoy y siempre lo hacen— los insustituibles y “vitales” recursos (de los que dependía el futuro de la civilización, por supuesto) para arrebatarlos, con la anuencia de los sectores gobernantes, o en su vocabulario, por la “coalición imperialismo-alta burguesía nacional”. A tal fin, no escatimarían esfuerzo alguno de manipulación social e ideológica, de dependencia económica, de agresión militar o diplomática para dividir a la sociedad, expoliarla y mantenerla por siempre en condición de servidumbre colonial. Esta era, a secas, la vía del imperio. Esa era su agenda, según el modelo interpretativo de este sector intelectual. La realidad compleja, sin matices, urgía

---

<sup>52</sup> Refiero acá la categoría de “significante vacío” o “significante sin significado”, parte integral de un sistema de significación. El antiimperialismo, en nuestro caso, es una suerte de exceso semántico que representa un mecanismo de representación simbólica en su vínculo con lo afectivo. Y, sin embargo, resulta idóneo en la construcción de un discurso, porque establece un marco estratégico-emocional frente a lo cambiante, heterogéneo y contingente de la realidad política concreta, Laclau, Ernesto, “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires: Ariel, 1969, p. 69.

la construcción de una agenda alternativa: radical, antiimperialista, violenta: “la política venezolana —hasta 1964— adquirió la virulencia de una guerra social”.<sup>53</sup>

### ***Fidelismo* y activistas de la insurrección: “Nuevo gobierno, ya”**

*No somos nosotros, los dirigentes políticos, los que vamos a determinar el día y la hora de la caída del gobierno. Son las propias masas populares las que tienen la última palabra.*<sup>54</sup>

Desde que el 1.º de enero de 1959 los guerrilleros de la Sierra Maestra entraron triunfantes a La Habana, comandados por Fidel Castro, líder del “ejército rebelde”, su estrategia política tomó varias vertientes: mantener un discurso guerrerrista

---

<sup>53</sup> Chacón, Alfredo, “Prólogo. Trayectoria ideológica de la izquierda cultural venezolana: 1958-1968”, *La izquierda cultural...*, óp. cit., p. 38.

<sup>54</sup> Rangel, Domingo Alberto, “Editorial/ Hacia un cambio de gobierno”, *Izquierda* (Semanario Oficial del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Caracas, 14 de octubre, 1960, p. 1. Para los pormenores del nuevo movimiento de “avanzada”, como se le llamaba algunas veces, nacido en agosto de 1960 —anunciado ya en rueda de prensa nacional del 10 de julio— de una división de Acción Democrática fraguada el 13 de abril, con la creación de un Comité Nacional de “Acción Democrática de Izquierda”, al grito “no somos comunistas, somos la izquierda revolucionaria”, véase Moleiro, Moisés, *El MIR de Venezuela*, La Habana: Guairas, Instituto del Libro, 1967. Cita tomada de Velásquez, Ramón J., “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo/El gobierno de Rómulo Betancourt, 1959-1964”, en Ramón J. Velásquez, A. Calvani et ál., *Venezuela moderna. Medio siglo de historia, 1926-1976*, Caracas: Ariel/Fundación Eugenio Mendoza, segunda edición 1979 (1976), p. 256. Detalles de este editorial en Marín Medina, Carlos Alfredo, “El faro cubano y la insurrección política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en 1960”, *Tierra Firme* (segunda época), vol. XXVIII, núm. 109, Caracas, 2015, pp. 86-87.

contra Estados Unidos y el imperialismo; sublevar las luchas en el resto del continente utilizando una retórica belicista de carácter violento, infiltrando, provocando, desafiando con lenguaje descalificador para crear en el enemigo la sensación de vulnerabilidad, logrando su desmantelamiento simbólico; pero, por otra parte, supo colocarse a la vez en varios tableros de juego, sin que los jugadores tuvieran acceso a la evolución de la jugada del otro. Serviría a tal fin el llamado “foquismo” revolucionario o “teoría del foco”,<sup>55</sup> acaso el único aporte del fidelismo a la teoría y práctica revolucionarias, de una revolución nacida sin teoría. Pero lo importante es que uno de esos acomodos ocurrió de manera inmediata en Venezuela. Fidel Castro se traslada a Caracas el viernes 23 de enero de 1959, cuando se celebraba el primer aniversario del derrocamiento de Pérez Jiménez. A su arribo a Maiquetía es recibido con entusiasta discurso de bienvenida por parte del almirante Wolfgang Larrazábal, sectores de la población mostraron su simpatía por la visita. Se reunió con los miembros de la Junta de Gobierno aún en ejercicio y con distintos dirigentes de los partidos políticos. Asiste el mismo 23 de enero a un mitin popular en El Silencio, el 24 al Congreso Nacional y Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela invitado por sectores estudiantiles, donde expresó, entre otras cosas: “mi

---

<sup>55</sup> El intelectual francés se lanza a una pretenciosa elaboración que desembocaría en el “foquismo”. El proceso cubano aportaba tres evidencias a la doctrina revolucionaria: 1. Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército; 2. en América Latina el foco crea las condiciones para la toma del poder; 3. el terreno de la lucha armada debe ser rural. Se echaba por tierra la teoría leninista del desarrollo por etapas del proceso social e histórico revolucionario. Debrais, Regis, *El castrismo, la larga marcha de América Latina*, Montevideo: Sandino, 1967, pp. 15-38.

arma, el arma de la Revolución, es la opinión pública”; “[...] ha llegado la hora de que los pueblos sepan defenderse y sepan plantear sus derechos. ¡Basta ya de sumisión, basta ya de cobardía y basta ya de vacilaciones!”.

El 25 de enero se entrevista personalmente con el presidente electo Rómulo Betancourt, triunfador de las elecciones de diciembre de 1958. Esta visita marca el comienzo de la influencia “paradigmática” que la Revolución cubana ejercerá sobre los sectores más radicalizados del tablero político nacional, pero al mismo tiempo revela la imposibilidad del más mínimo entendimiento entre ambos líderes. Castro, pulsando el ánimo betancouriano en torno a una radicalización del proceso sociopolítico que recién inicia en el país, solicita contar con el apoyo ideológico, político y sobre todo material —petróleo y respaldo financiero para afrontar las penurias de la isla— por parte del nuevo gobierno, al mismo tiempo que considera posible colocar en el tablero de juego una estrategia favorable al desarrollo de sus posturas antiimperialistas, el enfrentamiento contra Estados Unidos. A falta del acceso a una minuta detallada —que acaso no exista— de esta reunión realizada en estricta intimidad, podría uno acudir a posturas betancourianas sobre el comunismo, la asonada cubana y su supremo líder, las estrategias a fin de consolidar su proyecto político, para vislumbrar cuáles podrían haber sido sus respuestas a los planteamientos de aquel 25 de enero de 1959.

Respecto al anticomunismo, ya al cierre de su campaña electoral presidencial en diciembre de 1958, anuncia: “El Partido Comunista no puede formar parte del tren ejecutivo de un gobierno democrático venezolano porque su filosofía política no concuerda con la estructura democrática del

Estado, y porque su posición en política internacional no solo es extraña, sino opuesta a los intereses de Venezuela”.<sup>56</sup> Pero una vez triunfador en las elecciones y desde el momento mismo en que asume el poder, insistió con las mismas ideas sobre cuál sería la línea fundamental de su gobierno respecto a los acuerdos suscritos en el Pacto de Punto Fijo:

De ese pacto fue excluido el Partido Comunista [...] para la integración del gobierno [...] Esta posición [...] la fundamentaron los tres grandes partidos nacionales en el hecho de que la filosofía política comunista no se compagina con la estructura democrática del Estado venezolano, ni el enjuiciamiento por ese partido de la política internacional que deba seguir Venezuela conculca con los mejores intereses del país.<sup>57</sup>

Con estas premisas discursivas puestas por delante, Betancourt no escatimará esfuerzo alguno en romper lanzas en contra y denunciar las intenciones tanto del comunismo venezolano como de su nuevo ídolo. Como construcción simbólica nacía el *fidelismo* —vocablo empleado tanto en sentido despectivo por el discurso oficial, como en el sentido seguidista y mecánico de sus acólitos nacionales— el cual en su primer momento se convirtió a la vez en una estrategia y en un fenómeno continental. Como lo pone de relieve Ramón J. Velásquez: “Cuba fidelista,

---

<sup>56</sup> “Discurso de Betancourt con motivo del cierre de la campaña electoral presidencial de 1958”, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, óp. cit., p. 315.

<sup>57</sup> “Discurso de toma de posesión presidencial, 13 de febrero de 1959”, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, íbidem, p. 335.

tema venezolano”. El país quedó dividido entre quienes simpatizaban con el nuevo régimen caribeño y quienes lo adversaban. Para Betancourt el tema estaba claro: el fenómeno de subversión, sabotaje y terrorismo que le tocó vivir a su gobierno era manipulado por Cuba, dentro del cuadro de la Guerra Fría. Su proyección era continental. Claridad que le permitió denunciar sin esguinces verbales la situación en múltiples oportunidades y frente a los más variados auditorios: “Este fenómeno que estamos contemplando en Venezuela no es distinto del que afrontan otros países de América, en los cuales también minorías totalitarias están recibiendo no solo consignas sino dinero y armas de la Cuba comunista. El problema lo encaran gobiernos surgidos del voto popular y gobiernos de facto.”<sup>58</sup>

En su VI Mensaje presentado ante el Congreso Nacional, en abril de 1964, afinaría a manera de resumen su posición ante la política de La Habana, ya marcadamente comunista, desnudando su estrategia hacia Venezuela y la región. Fácil resultaba explicar y comprender por qué:

Venezuela ha sido escogida como objetivo primordial por los gobernantes de La Habana para la experimentación de su política de crimen exportado [...] dentro de sus esquemas de expansión latinoamericana, el régimen de La Habana conceptuara que su primero y más preciado botín era Venezuela, para establecer aquí otra cabecera de puente comunista en el primer país exportador

---

<sup>58</sup> “Alocución con motivo del IV aniversario del Gobierno Constitucional”, Caracas, 13 de febrero de 1963, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos del gobierno presidido por Rómulo Betancourt 1959-1964*, 4 volúmenes, Caracas, 1968, vol. 3, p. 303.

de petróleo del mundo; y para echar por tierra una experiencia de gobierno democrático de raíz popular y vocación de justicia social, que resultaba una alternativa valedera frente al totalitarismo imperante en Cuba.<sup>59</sup>

A pesar de que la negativa de Betancourt a establecer cualquier acuerdo con el régimen caribeño es tajante, alerta la política de Estados Unidos hacia el país y la región —en el contexto de la Guerra Fría— para impedir a toda costa la reproducción de otros focos de insurgencia. El naciente sistema político en Venezuela, con el apoyo de partidos modernos, es decir, de aquellas agrupaciones democráticas de masas, como agentes de cambio social, de sectores sociales organizados y de líderes que como Betancourt, ya convencidos de que la democracia “rebasas las banderías y los matices ideológicos”, sería alternativa liberal a las tendencias por venir. Pero no todos entendían esto o quizá, para entenderlo, había que navegar la *rabiosa tormenta* (Picon-Salas dixit). Esto fue lo ocurrido. La violencia cundió a lo largo y ancho del país, lo cual no fue óbice para que un sistema político nacional basado en la libertad, en la alternancia del poder y en la soberanía popular fraguase por largo tiempo.

No obstante, otra cosa pensaban los *fidelistas* abrumados entusiastamente por los primeros pasos dados por su gobierno. Las posturas anticubanas oficiales eran vistas como obsesión betancouriana para convertirse en el “antiFidel en vista de la sombra que este líder de nuevo tipo le hacía en América Latina.”<sup>60</sup>

---

<sup>59</sup> *Antología política...* óp. cit., vol. VI, 1959-1964, óp. cit, p. 410.

<sup>60</sup> Sanoja Hernández, Jesús, “Para una cronología de la violencia”, *El Siglo*, Caracas, 8 de marzo, 1965, en Chacón, Alfredo, *La izquierda cultural venezolana...*, óp. cit., p. 79.

Para personeros de este grupo, de los escondrijos de su subconsciente destilaba un odio doble: contra los avances cubanos y por una persecución “delirante” contra los amigos internos de la Revolución. Vocablos presentes en el discurso oficial tales como: “castro-comunismo”, “la ultraizquierda hamponato político”, “comandos organizados del extremismo” vendrían a revelar esa suerte de “conciencia despavorida” de Betancourt. La violencia no se hizo esperar y aquel fantasma de la “guerra social” que referimos antes estalló, con todas sus consecuencias, a finales de 1960. El ambiente y sus causas son descritas por Juan Liscano en estos términos: “Pero lo cierto es que desde el triunfo de Fidel Castro, se ha desatado en nuestro país una verdadera epidemia de revolucionarismo demagógico, emocional o intempestivo que con sus dislates verbales, extremismos infantiles y falta de capacidad analítica, confunde los problemas y crea un clima de violencia”.<sup>61</sup> El *fidelismo* de este primer momento se convirtió entonces en estrategia y fenómeno de la política venezolana. La revolución cubana inspiraba y apoyaba la política revolucionaria del MIR y del PCV, al mismo tiempo que aportaba armas, claves y tácticas de transformación sociopolítica. Su repercusión es admitida sin ambages. Leamos entre líneas el texto siguiente, cuyo lenguaje a pesar de su “provisionalidad” es contundente:

Las deducciones provisionales son estas: la izquierda sí defendió a la Revolución cubana; la izquierda sí intentó por todos los medios de desplegar la lucha de masas en sindicatos y en la calle; la izquierda sí tuvo

---

<sup>61</sup> Liscano, Juan, “Situación obrero-patronal”, *El Nacional*. Caracas, 4 de junio de 1960, p. 4.

lucidez en el examen de nuestra realidad nacional, sin enceguerse ante la extraordinaria experiencia de Cuba, sino más bien buscando en ella lecciones y enriquecimiento ideológico y político.<sup>62</sup>

Esta era la visión existente en uno de los polos de la confrontación. La conducta mostrada por el sector gubernamental la resumía Sanoja Hernández de la siguiente manera:

La claqué betancourista por odiar a la Revolución cubana, desató una guerra sorda contra ella y sus amigos en Venezuela: impidió, por razones políticas, la lucha de masas en sindicatos y calles; y llevó a cabo una represión, no producto de una necesidad interior, sino resultado de una confabulación con el Departamento de Estado, reflejo directo de la sujeción a una potencia extranjera.<sup>63</sup>

### **Imperialismo, dependencia económica e identidad revolucionaria: “su amigo el yanqui”**

*Cuando está con su amigo el Yanqui, dentro de su gran gozo, se le rebrotan los labios, siente escalofríos de emoción se le nubla la vista y se siente con deseos de amor, muy triste, muy triste.*<sup>64</sup>

---

<sup>62</sup> Sanoja, *ibídem*, p.79.

<sup>63</sup> *Ibídem*. p. 80.

<sup>64</sup> Ovalles, Caupolicán, ¿Duerme usted, señor presidente? Caracas, 1.º de mayo, 1962, prólogo de Adriano González León “Investigación sobre las basuras”, ilustrado con grabados de los siglos XVI, XVII y XVIII. Diseño de Daniel González, Caracas: Ediciones del Techo de la Ballena, 1962, pp. 31-32. El poema es una alegoría

El tema de la relación colonial ocupaba un lugar importante en la discusión ideológica y política nacional. Siempre lo había ocupado, dada la herencia de antigua colonia española durante tres largos siglos, pero el contexto de la Guerra Fría magnificaba el asunto y añadía nuevos elementos vinculados al desarrollo económico capitalista y, particularmente, debido a la condición petrolera de la economía venezolana y su dependencia del mercado internacional para su explotación y distribución. Mientras el gobierno insistía en rechazar establecer en Venezuela un “régimen colonialmente sometido a los dictados de los sínodos comunistas internacionales”, los sectores de la oposición izquierdista hablarían de su sumisión externa: “Venezuela es un país colonizado y que, de acuerdo al origen de esos capitales, esa colonización es fundamentalmente norteamericana. Venezuela es, pues, una colonia yanqui”.<sup>65</sup> ¿Acusación o constatación empírica? ¿Juicio sesgado por razones ideológicas, o proveniente en cambio de un estado de cosas verificable? ¿Bajo qué condiciones se posibilitaba este enunciado y qué significaciones contenía? ¿Qué hay detrás de expresiones como “yanquis go home” o “Cuba sí, yanquis no” y tantas otras, sino la intuición esperanzada en relación directa con la dinámica política y la denuncia articuladora de una ideología? Lo que se deriva de juicios como estos (*Venezuela, colonia yanqui; Venezuela, país colonizado*) es que cortando la sumisión colonial se libra de la opresión y, eventualmente, se ofrece algo distinto a lo existente, que puede

---

de la figura del presidente, en todo momento —según el poeta— inconsciente a los problemas, y duerme...

<sup>65</sup> Araújo, Orlando, “Venezuela Co.”, *Crítica Contemporánea*, núm. 15, Caracas, 1966, en Chacón, Alfredo, *La izquierda cultural venezolana...*, óp. cit., p. 98.

dar lugar a un futuro mejor, quizá más próspero, seguramente más digno. Se subleva con esta forma discursiva esa dimensión nodal de la cultura latinoamericana, tal como lo hemos sostenido, el antiimperialismo.

Ese exceso semántico, mecanismo de representación simbólica en su vínculo con lo afectivo, “significante sin significado” y, sin embargo, parte integral de una denuncia continua, esconde otra cosa: acusar al imperialismo norteamericano y su sistema capitalista de ser el causante de todas las penurias históricas, de significar rémora y retroceso en toda su expresión. El discurso antiimperialista contiene un desplazamiento de culpas y de responsabilidades del tipo: no-somos-porque-no-se-nos-ha-permitido-ser. No somos porque los tentáculos imperiales penetran todas las esferas de la actividad económica a través del mecanismo de la inversión extranjera. El resultado no se hace esperar: “se crea una compleja e inextricable red sobre la cual se superpone una sociedad, cuyas instituciones nacen y se desarrollan mediatizadas por los intereses imperialistas” (ibídem, p. 100). Inversión extranjera, entonces, paradójicamente necesaria para mantener niveles de desarrollo y crecimiento económico pero, al mismo tiempo, generadora de condiciones de dependencia y sumisión, o en lenguaje más extremo, condiciones de “vasallaje colonial”. Del efecto causado en la sociedad no escapa ninguna grieta, ningún sector político o social:

En Venezuela, los partidos políticos —aún los de centro-izquierda— reflejan esta dependencia. La reflejan, asimismo, las instituciones oficiales y burguesas de la cultura. Hay una pintura, una literatura, una arquitectura mediatizadas. Hay una capa de intelectuales

directa e indirectamente al servicio de aquella estructura colonial en cuya cúspide social una legión de burócratas, de comerciantes importadores, de clérigos y de militares se afanan por asegurar una paz imperialista mientras van acumulando sus mendrugos. (ídem)

La dependencia constituye una expresión ideológica y el imperialismo una relación real entre agentes sociales. Completar el campo de significación de este tipo de denuncia revestido de un carácter analítico, de aquellos que se dicen “objetivos” y “reales”, requiere mostrar cómo se constituye el otro discurso, el de la contraparte oficial, el de la *legión de burócratas*. Para quien los temas del colonialismo, la dependencia y el imperialismo tampoco le eran extraños, pero planteado en otro sentido. Betancourt, como su principal vocero, iba exponiendo en las diferentes tribunas públicas los que serían lineamientos de su conducta como gobernante, desde el mismo momento de ser candidato presidencial. En su discurso con motivo del cierre de la campaña electoral presidencial de 1958 define lo que será su posición dentro de la comunidad interamericana: “[...] mantendremos con el país más poderoso del Continente, con los Estados Unidos, unas relaciones ajustadas a la manera de comportarse siempre del Libertador ante las grandes potencias: ni con desplantes provocadores, ni con sumisión colonialista”. Postura discursiva que mantendrá una vez electo presidente y a lo largo de su gobierno. En su discurso de toma de posesión presidencial, el 13 de febrero de 1959, insiste en los mismos términos: “Con los Estados Unidos, país con el cual nos unen, como con el resto de la América Latina, nexos geopolíticos y de vinculación económica, mantendremos cordiales relaciones, y

que por ser con el país más poderoso del continente deberán situarse en un plano diferente de la sumisión colonialista y del desplante provocador”.<sup>66</sup>

El corolario de esta postura es el tema del nacionalismo que une los extremos en materia ideológica, económica e internacional, particularmente en lo que se refiere a las relaciones con sectores foráneos. Sobre el nacionalismo y el capital extranjero lucía necesario hablarle a la multitud y precisar lo que el gobierno entendía. En un discurso pronunciado en la Plaza O’Leary de Caracas, el 13 de febrero de 1960, para conmemorar el primer año del gobierno constitucional, Betancourt encuentra el momento oportuno para esbozar —entre otros temas— las tesis nacionalistas y la política en relación al capital extranjero del gobierno:

[...] hay dos formas de hacer nacionalismo: el nacionalismo demagógico, palabrero y gritón; o el nacionalismo que defendiendo los intereses de Venezuela y de sus trabajadores, no está importando del exterior lo que se ha bien definido como “odios estratégicos” [...] el capital extranjero vendrá a Venezuela, no a aspirar privilegios especiales, ni a pretender que nosotros procedamos como los ingenuos aborígenes del siglo XV, quienes cambiaban su oro por collares de vidrio. Tenemos conciencia del valor de nuestras riquezas y no estamos dispuestos a entregárselas a cualquier precio al primer postor.<sup>67</sup>

---

<sup>66</sup> *Ibíd.*, 340.

<sup>67</sup> Betancourt, Rómulo, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, óp. cit., vol I, p. 226.

Contrastan las posturas discursivas de la izquierda radical y las del gobierno democrático. ¿Hasta qué punto la tesis del “entreguismo” no es otra cosa que la generación de *odios estratégicos* con miras a justificar las vías violentas en la lucha política y social? Es algo que puede derivarse de palabras como las que siguen, expresadas con elegancia retórica por Orlando Araújo en el escrito que estamos glosando. En la condición petrolera venezolana se encontraba la clave y el fondo de su drama político y social:

Un país cuyo destino no le pertenece porque está en manos ajenas, un país enajenado, una prolongación periférica de otra economía más poderosa, una sociedad con las contradicciones, frustraciones, miserias y odios de una sociedad colonial. Una sociedad para quien la violencia puede plantearse como necesidad histórica, como alternativa válida, como liberación.<sup>68</sup>

Es sabido que todo discurso político contiene, como una de sus dimensiones fundamentales, la recuperación de la historia. Cada posición política reconstruye la historia a su manera, con el fin de enraizar el movimiento social o la ideología del partido en la lógica de un desarrollo y mostrar su “necesidad” o su “veracidad”. La historia y su debate aparecen, entonces, como metáfora de un presente deseado. Tanto la postura radical como la democrática se alinean según esta lógica. Solo que una obra gubernamental legitima más la veracidad de una realidad política, de un presente ejecutado

---

<sup>68</sup> Araújo, O., *óp. cit.*, p. 101.

guiado por un anhelo y por una obra, que la mera denuncia y retórica descalificadora guiada por la violencia física y verbal. Las iniciativas del gobierno no se hicieron esperar y son exhibidas en el mejor de los escenarios: el de las realizaciones. En materia petrolera, para citar solo un ejemplo, se creó la Corporación Venezolana del Petróleo, no bajo el signo de lo aventurero y de lo irresponsable, “sino sobre la base de seria evaluación de lo que en ese campo pueda y deba hacerse”; se impulsó la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (una OPEP vigente durante más de 50 años); fue implementada una política de no-más concesiones definida con criterios nacionalistas; en cuanto a la relación entre el Estado y el capital extranjero, la palabra y estrategia de orden fue: “Las Compañías Petroleras deben pagar mayores impuestos”. Respecto al capital extranjero se insiste: “[...] lo necesita Venezuela para contribuir al avance de aquel sector de nuestra economía que no puede crecer y desarrollarse con los solos recursos de la capitalización nacional”.<sup>69</sup> Si así fue del lado oficial, cómo reconstruir la historia desde las posturas radicales con expresiones como esta: “Venezuela es el paraíso de la inversión extranjera, la tierra de nuestro señor el petróleo. Venezuela es una colonia yanqui”.<sup>70</sup> Lo que se observa es que hay una política y un empeño sintetizado en la frase “La venezolanización de la industria petrolera”. En virtud de la cual,

---

<sup>69</sup> Palabras al país, por la red nacional de radio y televisión, con motivo de actos terroristas y desórdenes callejeros, Caracas, 21 de enero de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, óp. cit., vol. 1, p. 207.

<sup>70</sup> Araújo, O., óp. cit., p. 112.

La nación, en ejercicio de su soberanía, como propietaria que es del subsuelo y teniendo en cuenta que todo lo relacionado con la industria del petróleo ha sido declarado de utilidad pública, revisará las relaciones entre el Estado y las empresas con el objeto de tener la más justa participación en los beneficios de estas y ejercer un mayor y más efectivo control sobre las actividades de la industria.<sup>71</sup>

Pero postulados semejantes ni le van ni le vienen a la óptica de ciertos sectores. En el campo de la izquierda radical, los llamados “intelectuales de vanguardia” desean otro presente acaso con menos asidero real: “La libertad del hombre venezolano actual consiste, precisa y objetivamente, en el compromiso revolucionario, en la toma de conciencia y en la acción consecuente para transformar un país colonizado en un país realmente libre”.<sup>72</sup> Lo que subyace a sus posiciones es la idea de la revolución: negar todo, acabar con todo, para destruir el orden imperante y crear un nuevo orden de justicia e igualdad. Las injusticias acumuladas en la “estructura antisocial del poder” solo se combaten: [...] con la contraviolencia o violencia revolucionaria —paros, huelgas, sistematización de la lucha popular armada, proyección de las acciones de masa hacia las partes vulnerables del sistema— como medio de

---

<sup>71</sup> Betancourt, Rómulo, Discurso de toma de posesión presidencial, 13 de febrero de 1959, óp. cit., p. 327.

<sup>72</sup> Araújo, óp. cit., p. 128.

destrucción creadora o construcción de un nuevo orden sobre la destrucción del orden de cosas imperantes.<sup>73</sup>

¿Es por este cauce que irían las soluciones? Se replegaba la ideología revolucionaria en este tipo de estrategias violentas o, más aún, en aquella Venezuela convulsionada, en busca de su propio destino, sacudida por grandes problemas (“un país expoliado desde adentro y afuera”). ¿El refugio serían los debates teóricos fugaces, nostálgicos hasta cierto punto?<sup>74</sup> Lo que la lucha política, ideológica y social planteaba al pensamiento venezolano de aquel y de todos los momentos era la afectación del lenguaje en su función modeladora de la realidad. Estamos frente a dos lenguajes completamente opuestos: el oficialista —lenguaje del poder—, expresado con la gramática realista que exige toda obra en desarrollo; el radical —el lenguaje de la subversión— que busca sacar a flote una verdad que no siempre manifiesta transparentemente los hechos sino, más bien, los deseos. El resultado es una cierta mistificación analítica, retórica, que da lugar a equívocos en la interpretación y, en consecuencia, en las estrategias seguidas para alcanzar los fines. Miremos esta conclusión de Malavé Mata: “Existe, por

---

<sup>73</sup> Malavé Mata, Héctor, “Entre la servidumbre y la violencia”, *Qué pasa en Venezuela*, núm. 7, Caracas 11 de marzo, 1963, en Chacón, Alfredo, *La izquierda cultural venezolana...*, óp. cit., p. 73.

<sup>74</sup> A comienzos de 1960 un grupo de profesores e investigadores vinculados a la Universidad Central de Venezuela, entre quienes estaba el propio Malavé Mata, se dan a la tarea de romper el “tabú petrolero” y comienzan a analizar —usando categorías de los manuales de Economía Política marxista— el problema de la explotación petrolera nacional. Destacan los nombres de Felipe Maza Zavala, Armando Córdoba, Francisco Mieres, Pedro Esteban Mejía, Héctor Silva Michelena y su hermano José Agustín, entre otros. Malavé Mata publica su *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela*, Caracas: Imprenta Universitaria, 1962.

una parte, una Venezuela postergada, un país no oficial que se opone a un Estado intervenido, a un Estado políticamente confiscado, porque este actúa y se proyecta como instrumento público de enfeudamiento”.<sup>75</sup> Ante esta gramática, anacrónica, si se quiere, retumba entonces la validez de lo señalado más arriba por Sanoja Hernández: ¿Tuvo la izquierda venezolana lucidez en el examen de la realidad nacional? ¿Logró no enceguerse ante la “extraordinaria” experiencia de Cuba? ¿Encontró en ella lecciones y enriquecimiento ideológico y político?

Mientras se denuncia constantemente la violencia desplegada por el gobierno de Betancourt, con todo y sus “asesinatos políticos”, a la cual se le llama, en pomposo lenguaje clasista, “violencia oficial regimentada por la ideología del poder de las clases dominantes”, a los fusilamientos en masa de Cuba (por ejemplo, aquellos ocurridos como consecuencia del desembarco de Playa Girón), se les justifica por la “presencia de la justicia revolucionaria ante el delito” (Malavé Mata, *ibidem*, p. 66), como si sublevarse armadamente contra un gobierno constitucional, legítimamente electo por la voluntad popular, no significara una transgresión a la ley y a la justicia. Tampoco se plantea nunca, mucho menos se discute, en la euforia procubana, qué modelo de Estado adoptar, si era el modelo de Estado socialista totalitario y no capitalista, a la soviética, finalmente adoptado por La Habana, u otro más acorde con las especificidades económicas, políticas y sociales de Venezuela.

Otro tema de consideración en este debate sobre capitalismo-socialismo, democracia liberal-revolución totalitaria es el del subdesarrollo. ¿Por qué existen unos países desarrollados

---

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 69.

y otros subdesarrollados? ¿Se trataba de un mecanismo de sujeción del propio sistema capitalista a las economías menos desarrolladas para beneficiar sus propios intereses, o era parte del evolucionismo a lo Rostow del desarrollo del sistema capitalista<sup>76</sup>? Las explicaciones giran en torno a lo primero. La identidad a establecer es que el menor grado de desarrollo económico se registra en los países coloniales. Lo que sigue en la argumentación no es otra cosa que el credo marxista, con todo y su gramática, según la cual “el desarrollo de las fuerzas productivas en los países coloniales (y hoy subdesarrollados) ha sido siempre parcial, deformado y, muy especialmente, subordinado a las potencias ‘centrales’ o imperialistas”.<sup>77</sup> El corolario es el siguiente: para buscar los orígenes del subdesarrollo hay que volver al proceso histórico de formación del sistema colonial del capitalismo y su manifestación más reciente, bajo la forma de “neocolonialismo”. Venezuela no escapa a esta dinámica. La lógica centro-periferia destaca. Su relación de dependencia con los países capitalistas es doble: por un lado, debido a su propia naturaleza neocolonial; por otro, su condición petrolera. Las conclusiones no se hacen esperar:

---

<sup>76</sup> En su texto clásico, de gran influencia, a la par de ilustrar los postulados fundamentales de su teoría del desarrollo económico y social, el economista y político estadounidense (1916-2003) conocido por su oposición al comunismo, creyente en la eficacia del capitalismo y la libre empresa, reflexiona sobre el evolucionismo económico como gran tradición teórica e intelectual de la economía política. Véase Rostow, Walt Whitman, *The Stages of Economic Growth. A non Communist Manifesto*, particularmente capítulo XIII, Cambridge: Cambridge University Press, 1960.

<sup>77</sup> Silva Michelena, Héctor, “Estructura y perspectivas de la economía venezolana”, *Nuestra Economía*, núm. 2, Caracas, julio 1967, en Chacón, Alfredo, *La izquierda cultural venezolana...*, óp. cit., p. 128.

El subdesarrollo no constituye una etapa en el camino hacia el desarrollo, sino una creación generada por el capitalismo mundial, en especial durante su fase monopolista [...] el subdesarrollo viene a ser la resultante del neocolonialismo, de la penetración imperialista en los países que integran el llamado “Tercer Mundo”, la que acentúa su relación de dependencia con los grandes centros capitalistas.<sup>78</sup>

Hemos esbozado la agenda alternativa, desplegada por los sectores de la izquierda tanto desde el punto de vista de su interpretación de la realidad nacional con miras a su transformación, como desde la radicalidad política de sus acciones: revolucionaria, antiimperialista y violenta. Si la particularidad de la Guerra Fría en Europa y en Estados Unidos fue —como mostramos arriba— ser una forma de conflicto que exige estar listo para el combate sin combatir, o para combatir por otros medios, no fue el caso general de América Latina y, particularmente, de Venezuela, donde sí se registran batallas reales, a sangre y fuego, se despliega una vigilancia constante, de inteligencia, contrainteligencia, manipulación de los sentidos y de la información. La disposición de lucha llega en cualquier momento.

Mientras el Gobierno lograba estabilizarse, mayor sería la furia de la arremetida de los sectores radicales. Fallidos intentos de golpe de estado en San Cristóbal, 20 de abril de 1960; Barcelona, 26 de junio de 1961; o aquellos de 1962: el Carupanazo (Carúpano, estado Sucre, 4 de mayo) y el Portañazo (Puerto Cabello, estado Carabobo, 2 de junio), orquestados todos por

---

<sup>78</sup> Silva M, *ibídem*, p. 129.

militares descontentos con apoyo de sectores civiles subversivos del PCV y del MIR<sup>79</sup> y, sin embargo, “todos aplastados por la acción oportuna del Gobierno con el apoyo de las mayorías nacionales (Betancourt, dixit). Tras el fracaso, se constituyen formalmente el 1.º de enero de 1963 las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) bajo lemas tales como “luchar hasta vencer”, “hacer la patria libre o morir por Venezuela”, organización guerrillera creada por el PCV como brazo armado del Frente de Liberación Nacional; presididas por militantes de tales agrupaciones y de URD, ya separado del gobierno. En propuesta realizada por el PCV en su III Congreso (11 de marzo de 1961), ratificadas y desarrolladas en el II y III Plenos del Comité Central, con la finalidad de concretar el proceso revolucionario con bases firmes en cuanto al ámbito ideológico (socialismo revolucionario), estratégico (liberación nacional) y táctico (lucha armada), se crearon las Unidades Tácticas de Combate y Unidades Tácticas Especiales en las zonas urbanas y Frentes Guerrilleros en las zonas rurales. Controladas inicialmente por el buró político del PCV, las FALN declaran su razón de ser: “Nuestra lucha, es la de todos los sectores revolucionarios y patrióticos en un amplio frente contra el imperialismo y sus lacayos”. Adicionalmente, afirman lo siguiente en 1963: “Lo planteado en Venezuela son medidas de carácter nacionalista y democráticas, que abran cauce a la liberación nacional en

---

<sup>79</sup> “Ambas conspiraciones —la de extrema derecha y la de la seudoizquierda— terminaron por coincidir y acoplarse. Una vez más se cumplió la vieja ley de física política de que los polos opuestos se atraen y armonizan”, dirá Betancourt ante el Congreso Nacional en abril de 1964.

marcha hacia el socialismo”.<sup>80</sup> La disposición de la lucha armada ha llegado.

La insurgencia violenta tiene su antecedente inmediato en la política de apoyo de Fidel Castro a los movimientos armados de Latinoamérica y, por ese camino, la propuesta de Argimiro Gabaldón, secretario general del PCV, expuesta en el III Congreso de esta organización, planteaba acudir a la lucha armada como mecanismo de combate inspirado en la Revolución cubana. Uno de los alzados en armas fue Fabricio Ojeda, presentador de Fidel Castro en el ya mencionado discurso de la plaza O’Leary el 23 enero de 1959, con la esperanzadora frase: “La hora de América, la hora de la justicia ha llegado. El espíritu de la revolución popular esta cabalgando sobre los suelos de América”. Periodista, miembro de URD y presidente de la Junta Patriótica en la clandestinidad, junto con militantes comunistas y de otros partidos que lucharon contra la dictadura perezjimenista en sus momentos finales, Ojeda resultó electo diputado por el distrito federal al Congreso Nacional, en las elecciones del 7 de diciembre de 1958. Invitado por Castro a visitar La Habana, acaso para retribuir el entusiasta apoyo, realizó el viaje a finales de 1959 estrechando sus lazos con los revolucionarios caribeños y solidarizándose con los ideales de la revolución. La metáfora de lucha de Ojeda fue *La guerra del pueblo*, “la lucha de las vanguardias revolucionarias a continuar la política por otros medios”, dentro de las características de una “revolución antiimperialista y antifeudal”.<sup>81</sup>

---

<sup>80</sup> “Formado Estado Mayor de las FALN”, *Pueblo y revolución*, Caracas, abril, segunda quincena, 1963, p. 1.

<sup>81</sup> Ojeda, Fabricio, *La guerra del pueblo*, Caracas: Domingo Fuentes, 1970, p. 35.

El militante de tales organizaciones se degradaba a ser un autómatas, un verdugo de ciegas luchas, un agente o “comandante” —como se usaba en el argot del momento— de órdenes impartidas. Terrorismo, sectarismo destructivo, negación de la voluntad popular, descalificación soez del adversario no irían de la mano con la inteligencia pacífica y conciliadora. En estas circunstancias, la acción política no tendría otro sentido que ser un auto de fe, una cruzada contra quien sustentara puntos de vista diferentes.

Ante tal situación de aspereza política y de militancia terrorista, la voz crítica de importantes sectores de la intelectualidad criolla no se haría esperar. Juan Liscano, hombre de letras, preocupado por la cultura nacional, demócrata y poeta (miembro de la “casta intelectual oficialista”, lo llamarían desde el PCV<sup>82</sup>), afilaría su pluma para responder viles insultos de aquellos desesperados de la acción y cultores de la violencia del PCV, del MIR y de otras agrupaciones del mismo perfil, que pretendían insurgir contra aquel largo millón de venezolanos que votaron por Betancourt, o por aquel otro medio millón que lo hizo por Caldera, para no referirme sino a los dos partidos que permanecían en la coalición. La metáfora escogida por Liscano para responder la agresión fue la de “bestialización ideológica”. No solo se trataría de escapar al odio, había que arremeter contra el terror ideológico imperante, expresado en el chantaje, los ataques personales, la calumnia y la amenaza por no compartir el mismo credo político: “[...] desde hojas clandestinas controladas por convulsos y frenéticos pergeñadores de notículas,

---

<sup>82</sup> Sanoja Hernández, Jesús, “Liscano: zona franca para la maniobra”, *En Letra Roja*, núm. 4, Caracas, agosto de 1964, en Chacón, Alfredo, óp. cit., p. 197.

pretenden inútilmente acallarme y destruir las argumentaciones con las cuales emplazo ante la historia, la dirección de ese partido (se refería al PCV) definitivamente controlado hoy por activistas y terroristas”<sup>83</sup>

En este clima político e intelectual que se vivía en Venezuela para mediados de 1962, el Gobierno resistió no solo la ofensiva ideológica, como lo hemos venido mostrando, sino que también hizo lo propio con la ofensiva armada. El verbo con el que acompañaba Betancourt su hazaña política se despliega sin mayores petulancias pero con enorme realismo, en su mensaje final ante el Congreso Nacional en 1964:

En los contraataques a la ofensiva comunista desatada desde la capital cubana contra el gobierno democrático de Venezuela, hablé siempre de que ella obedecía a directivas soviéticas y chinas [...] La simbiosis comunismo-reacción solicitó aliados mercenarios en los bajos fondos del hampa. Esa heterogénea fauna humana se hizo presente en motines callejeros, en atracos a bancos, en asaltos a residencias particulares y en rebeliones militares [...].<sup>84</sup>

El dispositivo institucional y el dispositivo simbólico del Gobierno aseguran entonces esa suerte de fuerza unificadora que contienen los imaginarios políticos. Informaciones y

---

<sup>83</sup> Liscano, Juan, “Carta pública al semanario *Combate*”, Behobie, 10 de julio de 1962, en *Tiempo desandado*, Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1964, p. 318. Este semanario era el órgano político de un sector de AD, dirigido por los diputados Rigoberto Henríquez Vera y Luis E. Vera.

<sup>84</sup> *Rómulo Betancourt, Selección...*, óp. cit., p. 385.

valores, verdad y normatividad, deseos y realidades se aseguran en la lucha ideológica y política. Como parte de esos años politizados, categorías al estilo *capitalismo monopolista, dependencia, vasallaje, colonialismo, subdesarrollo, servidumbre, violencia o imperialismo* (entendido este último como el intervencionismo militar, económico, político y cultural de las grandes potencias —especialmente Estados Unidos— en los países del sur), crispaban los ánimos. Todos y cada uno de los actores políticos creían encabezar movimientos de liberación nacional. Se retomaba la beligerancia antiimperialista de siempre. A otros sectores se les acusaba de ser “lacayos” del imperialismo. En ese contexto de la Guerra Fría, el debate sobre el imperialismo era dominado por dos posturas. Una posición según la cual el concepto explicaba procesos y conflictos sociopolíticos nacionales, debido a la dominación estadounidense de los asuntos internos del país. Otra que relativizaba esta perspectiva por simplificadora y conspiracionista, por mecánica y vacía de sentido realista. En funciones de poder, asumiendo un proceso de transformación democrática con amplio apoyo popular, había que ser capaz de integrar en el plano discursivo grupos heterogéneos en términos sociales y culturales, identificando enemigos y aliados, elaborando claves para pensar los conflictos sociopolíticos dentro de una tendencia histórica más amplia. Esto es lo que parecen sugerir las siguientes palabras de Betancourt en relación con el tema del imperialismo y de su confrontación con los sectores radicales:

No es más antiimperialista el que despotrica a diario contra *Wall Street* que quien con actos de gobierno demuestra que Venezuela ya es una nación adulta, que

no tiene una deprimida mentalidad semicolonial; que tiene conciencia de cuáles son sus riquezas y que está dispuesta a que esas riquezas le rindan al país la mayor parte de beneficio que sea posible [...] Venezuela, después de treinta años de industria del petróleo del país, no puede continuar siendo una espectadora pasiva, con los brazos cruzados, de la forma como se explota, de la forma como se refina, de la forma como se comercializa el petróleo nacional.<sup>85</sup>

Pero hay más. La relación del Gobierno con Estados Unidos, sin darle mucha trascendencia a los intereses en juego, la calificaría Betancourt con verbo parco como “relaciones normales”. El buen entendimiento interamericano sería favorable para todos y esto iría por delante en la política exterior. Sería esta una conducta del más intransigente venezolanismo:

Nosotros, los venezolanos, debemos actuar y proceder como venezolanos, y no importar, sin beneficio de inventario, lo que alguien ha llamado los “odios estratégicos”. Estamos empeñados en servirle a nuestro país, en ponerlo a marchar y nada ganaremos con hacerlo escenario, a control remoto, de episodios de la Guerra Fría [...] no seamos satélites y segundones embobalados de conductas ajenas. Tengamos la nuestra propia.<sup>86</sup>

---

<sup>85</sup> Discurso de cierre de campaña electoral presidencial, diciembre 1958, *Selección...*, óp. cit., p. 320.

<sup>86</sup> Palabras al país, por la red nacional de radio y televisión, con motivo de actos terroristas y desórdenes callejeros, Caracas, 21 de enero de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, óp. cit., vol. 1, p. 208.

¡Ah, la magia de las palabras! El verbo prendió la acción, el discurso se popularizó y los deseos de sedimentar la democracia se hicieron realidad. Es que el Gobierno mostró capacidad política inusual, un claro sentido de la negociación, convencimiento profundo como factor constitutivo de su propia heterogeneidad. La conflictividad también puede disminuir la capacidad política del país para afrontar sus crisis nacionales pero no la anula; por el contrario, la enriquece, la estimula. La naturaleza de la oposición política radical dejaba, por otra parte, con su importada agenda violenta, mucho que desear. La fuerza relativa y la actitud política de los grupos de izquierda ayudaban a fortalecer al Gobierno en el contexto de la Guerra Fría.

El problema no era tanto la creciente importancia de los intereses económicos estadounidenses y su desenfrenada lucha a nivel planetario contra el comunismo sino el tipo de influencia política, cultural y social que ejercía Estados Unidos sobre países como Venezuela. Mayor sería aquella influencia en el contexto de una “ofensiva ideológica” para conocer y mediar la situación de los diversos países del mundo y vender la idea de la *pax americana* como paraíso del liberalismo capitalista. La época en que los imperios construían colonias para sí y a su imagen y semejanza quedaba atrás. La conciencia nacional templaba y la modernización de la política nacional abre las compuertas ideológicas y sociales como para rediseñar la hegemonía imperialista. Con lucidez José Agustín Silva Michelena da un paso adelante, en análisis prospectivo sobre el futuro nacional, como parte de las posturas y del debate de la izquierda cultural venezolana, señalando: “Sería muy simplista pensar que porque intereses norteamericanos controlen gran parte de los medios de comunicación de masas y porque la mayoría de las revistas,

películas y telecine sean originadas en los Estados Unidos, ese país ejercerá un control absoluto sobre la mente de los venezolanos [...] suerte de ‘invasión psíquica de un pueblo’”.<sup>87</sup>

Venezuela, como el resto de países latinoamericanos, no escapó a lo largo de la década de 1960 a la atmósfera de la confrontación soviético-norteamericana. El vehículo de la polarización fue su estrecha colaboración con Estados Unidos y la influencia decisiva de su política exterior sobre el gobierno de Betancourt. Influencia que se articularía con conflictos generacionales y fracturas políticas preexistentes en el seno de Acción Democrática durante la década militar 1948-1958. Pero fue el triunfo de la revolución cubana, y su conversión al socialismo en 1961, lo que introdujo de lleno a Venezuela en la órbita de la Guerra Fría. La rivalidad ideológica URSS-EE. UU. se colocó en el centro de la lucha política. Lo que lleva a que sea el contexto internacional lo que matice la discusión sobre el cambio económico, la industrialización, las relaciones con el capital extranjero, los efectos del imperialismo tanto económico-políticos como culturales, lo cual ocurre al unísono con la ampliación de la participación política de las masas.

---

<sup>87</sup> Silva M, José Agustín, “La crisis de Venezuela en 1984”, *Cambio*, núm. 5, Caracas, septiembre 1968, en Chacón, Alfredo, *La izquierda cultural venezolana...*, óp. cit., p. 157.

## Beligerancia en el campo estético e ideológico: “voluntarismo revolucionario”

*Por suerte no hay cabida a estas alturas para las  
abjuraciones populistas o torremarfilistas.<sup>88</sup>*

La expresión ideológica y estética en el terreno de la cultura generada por la Guerra Fría constituye de igual manera un capítulo importante en el proceso que hemos venido examinando. La figura del “escritor comprometido” a lo Sartre, señalada antes, aquel para quien la palabra es acción, quien vincula su trabajo específico a la tarea revolucionaria, es ineludible para explorar la conexión entre política y cultura. Este tipo de intelectual manifiesta una posición respecto a la creación cultural, al igual que establece una relación respecto al poder. La importancia política concedida a él y a sus producciones específicas —especialmente el arte (“ser artista significa necesariamente ser beligerante”<sup>89</sup>) y la literatura (“la que no se aleja del sudor, el olor y el jadeo de los hombres que, en este momento y ante mí, lloran o ríen o mueren”<sup>90</sup>)— estuvo acompañada de una interrogación permanente sobre su valor social y su voluntad programática para crear una visión política y revolucionaria. De tal interrogación surgieron posiciones transitorias y antagónicas. La lógica de la política tuvo importantes efectos

---

<sup>88</sup> López Sanz, Jaime, “Compromiso limpio y compromiso fraudulento”, *En Letra Roja*, núm. 6, Caracas, octubre, 1964, en Chacón, Alfredo, *óp. cit.*, p. 315.

<sup>89</sup> Lancini, Darío, “De la pintura como arma”, *Tabla Redonda*, núm. 1, Caracas, mayo 1959, en Chacón, Alfredo, *óp. cit.*, p. 255.

<sup>90</sup> González, Raimundo, “Traición de los intelectuales”, *La Semana de El Venezolano*, Caracas, 8 de septiembre de 1963, en Chacón, Alfredo, *óp. cit.*, p. 177.

sobre la producción cultural y su justificación en términos político-ideológicos, al igual que sobre el campo intelectual mismo. Lo que derivó en un enfrentamiento entre intelectuales defensores del ideal crítico e intelectuales defensores del ideal revolucionario. Hasta qué punto esta frontera se proyectó también hacia escritores considerados “consagrados” y escritores “revolucionarios”, que llevó a releer peyorativamente el éxito según criterios políticos, considerando al escritor históricamente consagrado (“literatos”) como traidor a sus deberes populares y revolucionarios.

“En Venezuela nos han sobrado los ‘literatos’ y nos han faltado los escritores en el sentido evangélico de la palabra”, escribía Raimundo González en un ácido texto sobre los intelectuales consagrados de aquel momento. Luego de meter en esa ausencia nombres como el del propio Gallegos y otros tales como Paz Castillo, Picón-Salas<sup>91</sup> (“de los humanistas perezosos que disfrazan con un sonriente estilo las flojas coyunturas de una cultura dispersa, movediza e irresponsable”<sup>92</sup>), Venegas Filardo, Díaz Sánchez (“literato que nada ha hecho para dejar de ser un paria”<sup>93</sup>), Uslar Pietri (“empeñado en demostrar que el destino más alto de un escritor es la publicidad”<sup>94</sup>) o Pedro Berroeta (“castigado por no tocar el tema nacional”<sup>95</sup>) concluye: “Todos parecen vivir en otro mundo, liberados del barro y

---

<sup>91</sup> Véase también Sanoja Hernández, Jesús, “El cuarto mundo de Picón-Salas”, *Tabla Redonda*, núm. 3, Caracas, julio-agosto, 1959, en Chacón, óp. cit., p. 169.

<sup>92</sup> *Ibíd.*, p. 178.

<sup>93</sup> *Ibíd.* p. 180.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 181.

<sup>95</sup> *Ibíd.*

de la sangre y del dolor. Toda esa evasión, toda esa cobardía y toda esa elegancia no es otra cosa que ‘*pure merde*’.<sup>96</sup> ¿Era esta la clase de hombres que deben regir la vida espiritual de Venezuela? ¿Acaso la juventud creería en ellos?, se preguntaba con gran ironía para, de inmediato, responder: “La juventud no, porque un asunto de mayor importancia ocupa su tiempo y destino: la revolución [...]”.<sup>97</sup> Se trataba de abandonar aquel sueño imposible de hacer una pintura imparcial de la sociedad en el que parecían estar inmersos aquellos escritores históricamente consagrados.

Así las cosas, se convertía en urgente la definición del intelectual de izquierda, defensor del ideal revolucionario. A tal fin servirían las polémicas entabladas con Juan Liscano, blanco favorito de los también denominados intelectuales de vanguardia. Manuel Caballero, para ese entonces militante del PCV, ensayó a mediados de 1959 una respuesta a los artículos suyos sobre la realidad venezolana, sobre “el comunismo y algunos temas colindantes”, para lo cual se detiene en el concepto del intelectual de izquierda. Se trataba de una “posición dinámica en la sociedad orientada en el sentido de la satisfacción de las reivindicaciones populares, entendido esto último fundamentalmente como las de las clases más progresistas de la sociedad, y en primer lugar la clase obrera y campesina”.<sup>98</sup> Pero lo que inquieta a Caballero es el pesimismo de su interlocutor, esa desconfianza de la “capacidad creadora del pueblo, que

---

<sup>96</sup> *Ibíd.* p. 179.

<sup>97</sup> *Ibíd.* p. 181.

<sup>98</sup> Caballero, Manuel, “Respuesta a una conciencia inquieta”, *Tabla Redonda*, núm. 3, Caracas, julio-agosto, 1959, en Chacón, Alfredo, óp. cit., pp. 170-171.

se desprende de sus reflexiones públicas”. De esto, al horror por la movilización de masas, hay muy poco trecho. Donde hay agitación, el escritor solo ve obra de “zagaletones”, de “la turba” desenfrenada. Y es aquí donde se revela la primera contradicción de Liscano: “Desde su llegada a Venezuela se ha convertido en el abanderado de una política que confunde estabilidad con inmovilidad”. Y, sin embargo, el escritor y poeta sigue considerándose a sí mismo un “intelectual de izquierda”. ¿Dónde radica entonces el umbral que le separa de otros escritores comprometidos que, sin duda alguna, alimentan la legión de izquierdistas indómitos y convencidos? Muy simple según Caballero: en su “miedo incontenible a la revolución, y más que a ella a la presencia de las masas para orientar la política en este sentido”.<sup>99</sup>

No dejará de pensar Liscano que revolución, en aquellas condiciones de exaltada radicalidad comunista, inspirada por todo lo que proviniese de La Habana, solo significaría destrucción y miseria para un pueblo poco dado a construir. En la medida en que la práctica política recurría cada vez más a posiciones extremistas se sedimentaba su postura antirradical. Aquel momento histórico fue calificado posteriormente (1962) como de “bestialización ideológica”, lo cual no era otra cosa que “[...] ese bárbaro maniqueísmo, esa voluntad inquisitorial, esa deshumanización salvaje, esa exaltación del enguerrillamiento y del pistolero”.<sup>100</sup> Traslucían estas palabras una aguda crítica a aquella incurable seducción criolla por las formas violentas de la revolución armada, a aquella incapacidad

---

<sup>99</sup> Caballero, óp. cit., p. 171 y ss.

<sup>100</sup> *Tiempo desandado*, óp. cit, p. 321.

para la obra paciente y silenciosa. Tan cruda realidad no podía sino espantar a espíritus más reposados. De un largo conjunto de rasgos se trataba: “El bajísimo nivel humano de los sectarios de la presunta revolución, su desmoralización profunda en todo lo que se refiere al respeto por los valores del espíritu y por la persona humana, la vocación de odio que los alienta, el fanatismo que los ciega, el rencor que los consume y que el fracaso aviva, su simplismo bárbaro, consiste en dividir a los venezolanos —a sus compañeros de generación, o sus hermanos si es necesario— en héroes y villanos, según acepten o no sus puntos de vista terroristas e insurreccionales”.<sup>101</sup>

Que el fenómeno de subversión, sabotaje y terrorismo era manipulado por Cuba dentro del cuadro de la Guerra Fría, es algo que ya hemos dejado claro. Corrían los años de la violencia armada. En el campo intelectual las cosas no variaban. Solo que las armas que herían se activaban a través de la palabra. El verbo de la agresión y la denuncia era incontenible. La cuestión venezolana por parte de los intelectuales de izquierda, aquellos que pretendían satisfacer las reivindicaciones populares, según la definición de Caballero, era interpretada mediante los conceptos que el lenguaje y la moral clasista, tan cercanos a las posturas comunistas revolucionarias, aportaba. Al hablar de la burguesía se hace referencia a sus intelectuales que, al contrario de los preclaros “comprometidos”, siempre correctos y abnegados intelectuales de la izquierda, serían aventureros o mercenarios de la palabra que poco o nada representaban a la ciencia y a la cultura venezolana. Este era, por ejemplo, el sentido de expresiones del tipo: “Es natural que si la burguesía no

---

<sup>101</sup> *Ibid.*

ha generado su propia capa intelectual, ni sus pensadores, científicos y dirigentes, tenga que aparecer en el país una especie de mercado de intelectuales que concurren a ofrecer sus servicios a la burguesía y al imperialismo”.<sup>102</sup> Obvio que en condiciones discursivas semejantes, ni representaban la ciencia, ni la cultura y tampoco la filosofía criollas. Mucho menos estaban apegados con los instrumentos teóricos que demandaban aquellos tiempos sobresaltados y ariscos. Sí lo estaban “para ofrecer al imperialismo y a la burguesía lo que estos piden”. Y en ese saco sin fondo que daba para cualquier interpretación o juicio ético, entraban intelectuales como Liscano, en este caso, al servicio —según el polemista— de un partido político socialcristiano: “Para Copey (sic), el anticomunismo de un Liscano es obra de un mentecato, un pobre y bien intencionado poeta que está con nosotros, pero no da la talla [...] Copey pretende servir al imperialismo de modo más eficiente que como lo hicieron otros grupos gobernantes y lo hace hoy la vieja guardia”.<sup>103</sup>

Sobresale la aspereza del lenguaje militante, sobredimensionado y, por tanto, alejado de una realidad que busca esclarecer. La burguesía venezolana sufría de una “incapacidad ideológica”. Su “parasitismo” y falta de la inefable “conciencia de sí”, la convierte en ausente de la ciencia, de la cultura, de la filosofía y del arte. Es ajena al pensamiento y a la reflexión. En realidad, “desde este punto de vista —remata Duno— es una clase subdesarrollada, un detritus de la burguesía internacional”. En otro sentido, a propósito de un artículo publicado

---

<sup>102</sup> Duno, Pedro, “A propósito de un congreso copeyano/ ¿Aventureros o intelectuales de la burguesía?”, *La Semana de El Venezolano*, Caracas, Agosto, 1963, en Chacón, Alfredo, óp. cit., p. 186.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 187.

en *El Nacional* de Caracas, el 8 de agosto de 1964 por Juan Liscano, “Hay que recordar”, donde recoge una visión crítica sobre la cultura y la historia de lo acaecido en los anteriores seis años de la vida nacional, arremete Jesús Sanoja Hernández, quien, por 1951, le había seguido y admirado “con el mito de la poesía humanista, y el combate contra la barbarie”. Lo primero fue encasillar a aquel “pedagogo regañón” como parte de la inteligencia oficial, pero no como un miembro cualquiera sino como su síntesis: “Posee la audacia que no tienen los burócratas y el cinismo que eluden los elitescos. Desciende de la estética a la política armada y todavía le quedan fuerzas para acusar a los demás de policías. Es voluble, cambiante, calumniador, pero combina su versatilidad con un opuesto sentimiento de sistema cuando de atacar a la oposición se trata.”<sup>104</sup>

En estas polémicas han sido activadas, con las variantes del caso, la retórica, la simbología y la galería de gestos asociados a la disposición revolucionaria y antiimperialista. Sin embargo, presenta algunos rasgos inéditos. Se trata de intelectuales revolucionarios que tienen tras sí un partido, una masa que creen estar organizando de acuerdo con sus intereses de clase, siguen una doctrina (“Estrella del Socialismo Científico”, escribe en uno de sus versos el poeta Valera Mora<sup>105</sup>), un discurso y un esquema determinista y mecanicista de interpretar la realidad. Se hacen comunistas como gesto más romántico que reto real de transformar esa realidad. ¿Tienen acaso un esquema correcto de interpretación de esta, que brote de sus

---

<sup>104</sup> Sanoja Hernández, Jesús, “Liscano: Zona franca para la maniobra”, óp. cit., p. 198.

<sup>105</sup> Valera Mora, VÍCTOR, *Amanecí de bala y otros poemas. Selección de textos*, Caracas: Fundación El Perro y la Rana, 2015 (1971), p. 48.

propias raíces (poder, petróleo, mitología heroica, sistema de verdades) y no de esquemas teóricos generales y ajenos<sup>106</sup>? Por momentos se articulan con posiciones de signo democrático en aquella Venezuela revuelta, sin dejar de sumarse a la revolución, ni dejar de sostener que el antiimperialismo revolucionario de aquellos días actualizó y enriqueció una tradición ideológico-cultural preexistente. Es que el antiimperialismo mismo en tanto significativo vacío contiene una resistencia política y cultural que involucra aspectos diversos que, como tal, han estado siempre presentes en mayor o menor grado a lo largo de la historia nacional, entre los que cabe mencionar un tipo de discurso, una retórica, una simbología, una serie de gestos dotados de rasgos específicos que varían de acuerdo con cada circunstancia. En el contexto de la Guerra Fría, este se hace radical, militante, comunista. Por esta vía se avanza en la formalización de matrices discursivas que pretenden imponer códigos o sugerir temas, en la identificación de procedimientos formales típicos de los existentes por aquellos años de ensayo histórico antiimperialista y revolucionario en toda América Latina.

---

<sup>106</sup> Acaso se exageran las certidumbres de un sistema político-científico como el materialismo histórico: “El criterio marxista que seguimos sobre la materia en discusión sostiene que la estructura de la sociedad está constituida por esas relaciones de producción [...]”, Córdova, Armando, “¿Qué es el cambio de estructura?”, *Nuestra Economía*, núms. 3-4, Caracas, septiembre-noviembre, 1967, en Chacón, Alfredo, óp. cit., p. 144

## Movimientos literarios y artísticos en tiempos turbulentos: “este sopro perturbador”

*[...] el contenido cultural propio es raquítrico. Esto trae como consecuencia el incorporarnos a lo externo que a su vez nos aniquila. Vivimos, entonces, en diferentes planos de inautenticidad.*<sup>107</sup>

Otra modalidad de la izquierda cultural venezolana fue la fundación de movimientos literarios y artísticos, incursionando también en la edición, que asumieron el compromiso de hacer política por otros medios, al servicio de la revolución y de la provocación.<sup>108</sup> En quienes persistió como rasgo muy visible el inconformismo subjetivizado con relación a un sistema cuyo condicionamiento externo fue enfrentado hasta el límite de lo político y teóricamente posible. Algo de esta atmósfera hemos mostrado anteriormente. Solo que la contradicción entre lo que se deseaba y lo que realmente se hizo fue patética. Constituirse en grupos para actuar como estimuladores críticos de una nueva conciencia política y cultural logró sus objetivos a medias. Al final de cuentas, el contenido cultural propio continuó siendo raquítrico y la sociedad siguió viviendo —según el

---

<sup>107</sup> Duno, Pedro, “El drama de la cultura nacional”, *Sardio, Revista Bimestral de Cultura*, núms. 3-4, Caracas, septiembre-diciembre, 1958, en Chacón, Alfredo, óp. cit., p. 253.

<sup>108</sup> El inventario de estos movimientos y su acción en Arráiz Lucca, Rafael, *El coro de las voces solitarias. Una historia de la poesía venezolana*, Caracas: Eclepsidra, 2003, pp. 211-250; para la literatura en general, Medina, José Ramón, *Ochenta años de literatura venezolana*, Caracas: Monte Ávila Editores, 1980; un resumen sobre su sensibilidad y desarrollo en el marco de la Guerra Fría en Cardozo Uzcátegui, Alejandro, *Venezuela y la Guerra Fría...*, óp. cit.

diagnóstico de Duno — su inautenticidad. En gran medida se anhelaba la liberación nacional (“cambiar la vida, transformar la sociedad”, era el *mot d'ordre*) pero en realidad lo que se hizo fue ratificar la dependencia mediante el consumo ideológico y cultural, relacionándose con el marxismo o con las glorias socialistas del siglo XIX.

Salvador Garmendia, principal artífice de *El Techo de la Ballena*, y en su momento animador de *Sardio*, dos de estos movimientos, planteaba así el asunto: “Vivimos en medio de prejuicios y cofradías, nos falta meditación, trascendencia. Nuestra escala de valores está regida por la timidez y la complacencia. Pero la cultura es algo más que el juego deleitoso de gentes que se rinden mutuamente pleitesía. Es la expresión de la historia, el reino inquebrantable de la verdad”.<sup>109</sup> Horizonte de prejuicios, de complacencia, halago mutuo, ese no era el *leitmotiv*. Ilusión transformadora e imagen de sí mismos que se situaron en el umbral de fracturas ideológicas y estéticas pero no lograron impactar, como se deseaba, el ambiente social. Es que el problema no es solo la crítica, el inconformismo y la iracundia. Mucho menos se trata de la delitosa vanidad y la pleitesía. Ni ayer, ni hoy, y quizá tampoco mañana, la crítica y la subversión violenta logren derrumbar los ídolos consagrados; al contrario, pueden conservarlos omnipotentes. A pesar de que el paso de estos grupos por la cultura nacional quede impreso en sus obras, no llegaron a dirigir el destino de la cultura nacional. Esa es su mejor defensa ante la historia.

Ya desde el final de la dictadura de Pérez Jiménez, tan pronto como en 1957, comienzan a gestarse estos primeros

---

<sup>109</sup> “Los habitantes. Fragmentos”, *Sardio*, Revista Bimestral de Cultura, núm. 8, Caracas, mayo-junio de 1961, p. 29.

movimientos literarios y artísticos. Poetas exiliados en París editan la revista *Señal*,<sup>110</sup> antecedente inmediato de *Sardio*, empeño editorial literario y político a la vez. Manifestación de una nueva expresión literaria y estética: “Nadie que no sea militante permanente de la libertad puede sentir la portentosa aventura creadora del espíritu. Ante el peso de una historia singularmente preñada de inminencias angustiosas [...] ningún hombre de pensamiento puede eludir esa militancia sin traicionar su propia, radical condición [...] Ser artista implica tanto una voluntad de estilo y un ejercicio del alma como reciedumbre moral y un compromiso ante la vida. No se vive, ni se deja vivir impunemente [...]”, se lee en el primer editorial, “Testimonio”, de la revista (*Sardio*, núm. 1, Caracas, mayo-junio, 1958, p. 1). Entre sus fundadores convergen hombres afiliados a la ideología democrática con hombres de pensamiento más radical: Guillermo Sucre, Sánchez Peláez, Edmundo Aray, Luís García Morales, Francisco Pérez Perdomo, Adriano González León, Alfredo Silva Estrada, Alfredo Chacón, Ramón Palomares, entre otros. Por la misma fecha surge, luego de restaurada la democracia, el grupo “Tabla Redonda” (1959), con revista del mismo nombre; la mayoría de sus fundadores son militantes del PCV que vienen del exilio y las luchas clandestinas contra la dictadura. Sus fundadores son Ángel Eduardo Acevedo, Darío Lancini, Rafael Cadenas, Oswaldo Barreto, Jesús Sanoja Hernández, ideólogo del grupo, Manuel Caballero, Caupolicán Ovalles, José Barroeta, entre los que más destacan. Posiciones ideológicas y políticas diferentes animadas por el (para ese momento) éxito de la Revolución

---

<sup>110</sup> Cardozo, Lubio, *Philobiblion*, Mérida: Universidad de Los Andes, 1976, p. 67.

cubana influyen en la producción de sus textos y en su visión sobre el compromiso del intelectual, del arte y la literatura.

Asume el gobierno de Rómulo Betancourt y, con él, la transición a la democracia representativa. Los tiempos se vuelven borrascosos, como ya lo hemos visto, y suena el momento de las definiciones. *Sardio* se resquebraja, la revista llega hasta su número 8 (mayo-junio de 1961), algunos radicalizan sus posturas, otros ven con simpatía el nuevo orden político.<sup>111</sup> De los primeros salen los fundadores de otro movimiento “vanguardista” de pintores, poetas, ensayistas y narradores, autodenominado *El Techo de la Ballena* (24 de marzo de 1961, exposición colectiva “Para restituir el magma”, Galería del Techo, El Conde, Caracas), animal formidable, símbolo de humanidad: “con su vientre dignísimo que se ríe de Jonás y se engulle un tanquero de petróleo”.<sup>112</sup> Sobresalen en la tripulación ballenera: Adriano González León, Juan Calzadilla, Rodolfo Izaguirre, Carlos Contra maestre, Salvador Garmendia, Caupolicán Ovalles, Edmundo Aray, Francisco Pérez Perdomo, entre otros. Mientras tanto, *Tabla Redonda* desaparece (mediados de 1963) y sus miembros asumen, en su mayoría, la política activa y la lucha armada revolucionaria en estrecha y abierta conexión con el régimen de La Habana: “[...] elegimos

---

<sup>111</sup> Este último número comienza con un largo editorial “Testimonio sobre Cuba”, donde luego de referirse a las “aspiraciones norteamericanas frente a Cuba”, condena el intento de invasión en abril de 1961, Playa Girón, por parte del gobierno de Kennedy, “desesperada actitud” que no ha hecho otra cosa que acentuar “la posición de Fidel Castro y hacer más exportable la Revolución cubana”, *ibídem*, p. 7.

<sup>112</sup> González León, Adriano, “¿Por qué la ballena?”, *Rayado sobre el Techo*, núm. 3, Caracas: Ediciones de El Techo de la Ballena, 27 de agosto de 1964. Este texto es considerado como el tercero de los manifiestos de *El Techo de la Ballena*.

esta maldita batalla de cada día, cien veces mejor que la nada, infinitamente superior al silencio”.<sup>113</sup>

En el primer escrito público de *El Techo de la Ballena*, o primer Manifiesto, de este movimiento de fuerza combativa en arte y literatura, leemos:

No pretendemos situarnos bajo ningún signo protector, queremos, eso sí, insuflar vitalidad al plácido ambiente de lo que se llama la cultura nacional, para ello no escatimaremos ningún medio que nos sea propicio. Pero eso sí, no queremos proclamarnos sacerdotes del absurdo y menos aún de la burla, categorías que ya todos hemos superado. El absurdo y la burla serán tan solo medios de expresión y nada más.<sup>114</sup>

Esta dinámica simbólica es más compleja. Entre otras cosas, habría que considerar cada una de las modulaciones, de los entrecruzamientos y anclajes, de movimientos literarios y artísticos como este. Allí quizá se revele su espesor histórico. En tanto sagas simbólicas y tendencias ideológico-culturales, contribuyen a densificar la mirada sobre aquel tiempo de definiciones, de quiebre con un estado de cosas. Se introduce el absurdo y la burla de una realidad aún incomprendida, no valorada en su justa dimensión histórica, que se cree conocer sin comprender; absurdo y burla como lenguajes explosivos de una alianza entre literatura, ideología y arte, propiciando

---

<sup>113</sup> “Poder revolucionario en la poesía”, *Tabla Redonda*, núm. 9, Caracas, mayo 1963, en Chacón, Alfredo, óp. cit., p. 279.

<sup>114</sup> “Techo de la Ballena. Las instituciones de cultura nos roban el oxígeno”, *La Esfera*, Caracas, sábado, 25 de marzo de 1961.

resultados radicales: una suerte de antiestética que se mueve entre la ingenuidad y la anarquía “con un agudo sentido de la provocación” (Adriano González León). La conclusión *a posteriori* a la que llega Juan Calzadilla, uno de sus animadores más destacados en poesía y crítica de arte, muestra ese espesor histórico compuesto de lenguaje, concepto, clima y propósito: “De aquel grupo surgieron iniciativas no siempre fielmente ortodoxas ni sometidas a un lenguaje común. Al contrario, hay diferencias de conceptos en la posición a tomar, distintos estilos, actitudes alegres o arribistas según el caso, autenticidad donde la hubo, pero *El Techo de la Ballena* es un proyecto de respuesta a la violencia asumido en un lenguaje nuevo, diametralmente opuesto al de la tradición”.<sup>115</sup>

La nueva forma expresiva, su estilo y actitudes la hacen más clara sus miembros cuando el movimiento llega a los dos años de existencia. En su segundo Manifiesto (mayo 1963) expresan:

[...] el Techo de la Ballena, reo de putrefacción, se declara incontaminable, o mejor, su propia putrefacción es el antídoto que se requiere para repeler el asalto de tantos gérmenes que lesionan el derecho a gritar y a ponerse panza al sol en los 912.050 kilómetros cuadrados venezolanos. Y a los dos años es inútil pensar que la Ballena tome otra ruta que no sea la del rechazo

---

<sup>115</sup> Calzadilla, Juan, “Los años turbulentos,” *El Techo de la Ballena, antología, 1961-1969*, prólogo y notas Juan Calzadilla; selección y edición Rafael Ortega Oropeza; concepto gráfico e imágenes Daniel González, Caracas: Monte Ávila Editores, 2008, p. xvii. Sobre el mismo movimiento, Coviella, Esther y Nelson Dávila, *Desde el fondo. El Techo de la Ballena, 1961-1967*, Caracas: Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2015.

constante de toda la banal cortesía y abaniquo [...] de señoritas que ha sido el rostro de nuestras letras y nuestra pintura.<sup>116</sup>

¿Qué hay detrás de expresiones como estas sino ese agudo sentido de la provocación como les gustaba declarar, envuelto ahora con atuendos verbales que rompen con viejos prejuicios y cofradías, haciendo del hecho cultural algo más que aquel juego de pleitesías denunciado por Garmendia? La actitud que destilan propuestas como esta es de combate por otros medios, escogiendo sus objetivos en lo más inmediato, por cotidiano, de la vida social. Y, sin embargo, “dejando al enemigo principal oculto o apenas entrevisto en la espesa capa de proposiciones”. Tratar con lo cotidiano, con lo más superficial, por banal, de la sociedad (*el rostro de nuestras letras y nuestra pintura*), favorecen, según Alfredo Chacón, “la idea de naturalidad, la improvisación y el voluntarismo revolucionario de la acción cultural”.<sup>117</sup>

Añadamos a estos rasgos que hay experimentación con formas expresivas que, hasta cierto punto, esconden dogmatismos ideológicos: “El Techo de la Ballena cree necesario ratificar su militancia en una peripecia donde el artista y el hombre se juegan su destino hasta el fin. Si para ello ha sido necesario rastrear las basuras, ello no es sino consecuencia de utilizar los materiales que un medio ambiente expresado en términos de democracia constitucional, nos ofrece” (Segundo Manifiesto, pp. 16-17). Militancia desplazada al escenario de lo cultural sin

---

<sup>116</sup> *Rayado sobre El Techo*, núm. 2, Caracas: Ediciones de El Techo de la Ballena, mayo de 1963, en *El Techo de la Ballena, antología*, óp. cit., p. 13.

<sup>117</sup> Chacón, Alfredo, “Prólogo. Trayectoria ideológica de la izquierda cultural venezolana: 1958-1968”, *Izquierda cultural...*, óp. cit., p. 52.

romper con la otra militancia partidista, violenta, radical, en una suerte de ironía agónica colectiva, de un *nosotros*: “Como los hombres que a esta hora se juegan a fusilazo limpio su destino en la Sierra, nosotros insistimos en jugarnos nuestra existencia de escritores y artistas a coletazos y mordiscos”. ¿Qué hay allí sino la convicción, marcada ante todo por la ironía, de que es preciso aceptar la dominancia del dominante (como el *reo de putrefacción* de contra maestre) y moverse dentro de sus límites, así sea rastreando las basuras? Este lenguaje es un buen ejemplo de una poética grupal agresiva, que busca el choque estético, la confrontación discursiva con el poder —complemento y refuerzo de la lucha armada— ahora decididamente democrático y constitucional. “De una estética comprometida a una subversión totalizadora”, llama Juan Liscano la acción de estos grupos semiclandestinos, “vinculada a una noción clara de la crisis social y ontológica y del compromiso del escritor [...] representaba, en lo ideológico, una nueva izquierda de fuerte tinte castrista y cheguevarista, y en lo estético, una tentativa válida de subversión del lenguaje, de liberación de la imaginación constreñida [...]”<sup>118</sup>

Los venezolanos vivieron su Guerra Fría marcados por un contexto social arisco, escindido, preso de la inflación ideológica que polarizaba el continente entre el espíritu de la Revolución cubana y el intervencionismo político (anticomunismo) y económico (desarrollismo, industrialización), bajo las pretensiones igualmente imperialistas de sus dos protagonistas principales: los EE. UU. y la URSS (¿Cuántos miles

---

<sup>118</sup> Liscano, Juan, *Panorama de la literatura venezolana actual*, Caracas: Publicaciones Españolas, 1973, p. 251.

de revolucionarios eran invitados y financiados por la URSS a través de Cuba? ¿Cuántas toneladas de armas o de maletines repletos de dinero de la URSS eran entregados a los revolucionarios criollos vía Cuba? *Guerra Fría* en Venezuela significó combinación de palabras y armas; una lucha verbal, ideológica, de propaganda, de subversión de la imaginación y de las formas expresivas. Pero se distinguió también por una cruenta violencia protagonizada por los muy venerados Frentes Guerrilleros de la Lucha Armada Venezolana, de izquierda radical y revolucionaria, con su consecuente cobro de vidas jóvenes, de muchachos lanzados a hacerle el coro a los disturbios callejeros, cuyas repercusiones políticas y culturales aún están presentes en el escenario político y social. Voces disidentes que no creían en el ropaje constitucional de la democracia representativa, mucho menos en las bondades de un sistema bajo sus reglas. Prefirieron volcar la esperanza hacia una aventura revolucionaria huracanada, de tierra caribeña y caliente. Seducidos por esta, se mostraron incapaces de acomodarse —¡por fin!— a un mundo libre, cayendo en la reduccionista oposición tan maniquea como sofocante: capitalismo-comunismo. Los mitos estadounidenses de libertad y democracia, y los soviéticos de control totalitario y violencia se propagan y se imponen en el país y en la región mediante la propaganda (¿Hasta qué punto la URSS promocionaba a Cuba mediante un gigantesco aparato propagandístico?), la inteligencia y contrainteligencia, la manipulación ideológica, la trampa simbólica (“vitrina revolucionaria cubana”) de una mejor sociedad que nunca llegaría, acaso nunca llegue bajo estos métodos.

Lo que hemos considerado en las páginas precedentes son las formas de expresión adoptadas, no solamente en el

nivel de la discursividad política y, dentro de ella, de la prédica oficial, sino también en un nivel más social y cultural, cuyos impulsos se expresan en un amplio registro de manifestaciones: literatura, cine, plástica. El valor de las polémicas de los años sesenta rebasa su carácter histórico y testimonial. La relectura del pasado despeja verdades y contribuye a iluminar el presente. La historia no se repite, es cierto, pero cualificados por coordenadas diferentes, algunos temas del ayer perduran como cuentas pendientes en nuestro hoy. Porque la historia no ha concluido, el mundo se debate entre agudas contradicciones. Para construir un sujeto lúcido y participativo, la cultura y, dentro de ella, el pensamiento y la creación literaria y artística, desempeñan un papel decisivo. Por eso, todas las dudas, todos los interrogantes, siguen siendo válidos. Luego de la *razzia* ideológico-política de aquellos años vendrían la desmovilización, la derrota, el pase de factura histórico, los arrepentimientos y la entrega. Pero esa es otra historia.